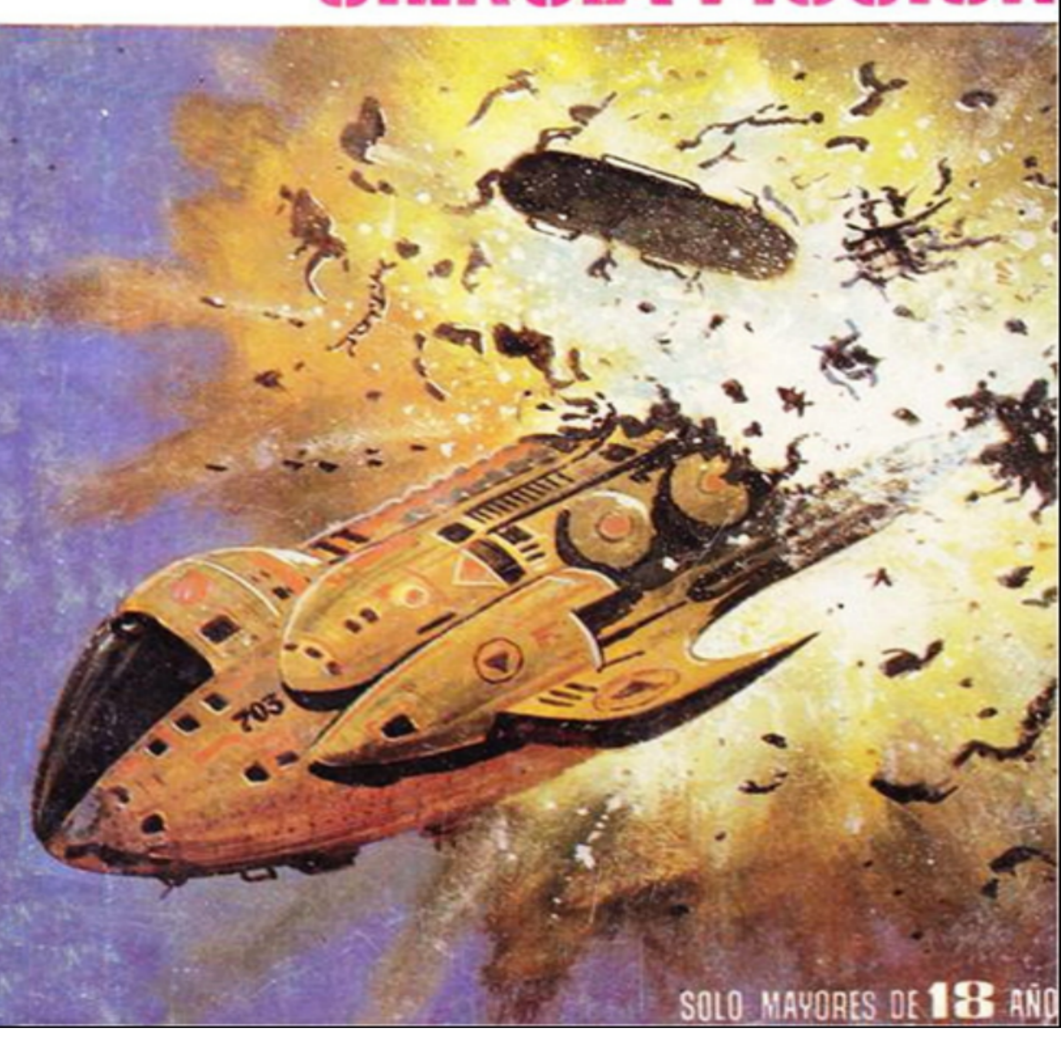
La conquista del ESPACIO

LA GRAN HECATOMBE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA GRAN HECATOMBE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑO


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *La esfinge cometa,* Ralph Barby.
2. — *¡Objetivo: Platón!,* Joseph Berna.
3. — Éxodo a las estrellas, A. Thorkent.
4. — *¡Jaque a la Tierra!,* Glenn Parrish.
5. — Cazando insectos en el planeta Okon, Ralph Barby.

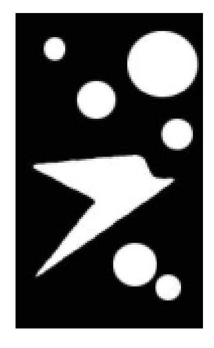
KELLTOM McINTIRE

LA GRAN HECATOMBE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 531

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 26.082 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Al fin había llegado la orden: explorar el planeta.

Lo había decidido el Consejo Superior, tras largas deliberaciones y a la vista de los datos obtenidos por las astronaves de rastreo no tripuladas: la atmósfera del planeta no ofrecía riesgos importantes para los exploradores.

Jason Pollard se sentía íntimamente excitado. ¿Sería él uno de los seleccionados para pilotar el poderoso *Flyinglab* que llevaría a cabo la misión?

El hecho de que le hubieran designado para prestar servicios en el almacén volante llamado *Newark* así parecía indicarlo.

Por desgracia, Jason no estaba muy seguro. Había pilotos más experimentados que él, como McLean, Brooks o Robinson, que habían realizado multitud de vuelos espaciales.

Sin poder contener su excitación, fue a ver a Sandra a su cabina.

Era una atractiva joven de veintidós años, cabellos oscuros, tez blanca y facciones armoniosas, un tanto afiladas.

— ¿Sabes ya la noticia? —le preguntó Jason, jubiloso—. ¡El Consejo ha decidido emprender la exploración del planeta Hopeland!

Los bellos ojos verdes de Sandra relucieron de puro gozo.

— ¿De veras?

— ¡Te lo juro! El mensaje fue recibido hace apenas unos minutos, desde Outtown —afirmó Pollard—. ¡Vi el rostro de Nicolás Velin y oí sus palabras! ¡Tú sabes que Velin es el portavoz del Consejo...!

Sandra cerró los ojos.

Se sentía tan emocionada y sorprendida que permaneció en aquella actitud durante unos instantes, intentando asimilar la noticia.

Era lógico: durante toda una vida se habían estado preparando, entrenando y asimilando conocimientos para cuando llegase aquel momento. ¡Y al fin había llegado!

Sus breves senos se agitaron al compás de la agitada respiración.

Abrió finalmente los ojos y tomó las manos de Jason, que oprimió con entusiasmo. — ¡Jason! ¿Crees..., crees que formaremos parte de la expedición? —preguntó con esperanza y temor al mismo tiempo.

Las facciones de Pollard se nublaron.

—Tú, si desde luego —admitió con sinceridad—. No disponen de

muchas doctoras en Medicina como tú en Outtown, pero yo… Tengo mis dudas: el Consejo Superior dispone de otros experimentados pilotos, mayores que yo.

Sandra le atrajo por la cintura y le besó tímidamente en los labios.

—Ten confianza, Jason —susurró—. Cierto que tú eres el más joven de los pilotos, pero tus calificaciones fueron siempre las más altas. ¡Irás, estoy segura!

Jason se retiró unos pasos y se volvió de espaldas.

—Hay algo que me preocupa mucho, Sandra —dijo al cabo—. Si yo no fuera nombrado para la exploración, nos separaríamos. Hasta ahora…

—Sigue.

—Hasta ahora hemos mantenido una relación amistosa y plena de sinceridad y camaradería. Juntos estudiamos y crecimos, rodeados de otros compañeros y compañeras… Pero yo siempre te preferí a ti. Yo tengo ya veintiséis años, tú veintidós… Hasta ahora nos han tenido excesivamente ocupados, pero ya no puedo callar, Sandra. He comprendido que te amo apasionadamente. ¡Si te marchas…!

Ella se acercó y le tomó afectuosamente por los anchos hombros. Acarició su cuello y sus rizados cabellos rubios y respondió:

—Me siento orgullosa de haberte inspirado amor, Jason. ¡Nunca me hablaste de ello!

Pollard se volvió y la miró con ansiedad.

—No estaba seguro de mis sentimientos, eso es todo. Pero ahora…, ¡ahora sé que no podré prescindir de ti! —declaró fogosamente—. Y necesito saber…, ¡necesito saber si tú también me amas!

La mujer parpadeó.

En una rápida introspección se hizo la misma pregunta. ¿Estaba enamorada de Jason Pollard o sólo se trataba de un sentimiento afectuoso, nacido de la camaradería…?

Jason la tomó impulsivamente por los brazos.

— ¡Dime! —exigió—. ¿Sientes lo mismo que yo?

Sandra sonrió dulcemente.

—Confieso que no lo sé —respondió, confusa—. Sé que te quiero, pero... ignoro si lo que siento es amor. Pero tú sabes que siempre te he preferido a ti entre todos los hombres de Outtown...

Jason sonrió con tristeza.

— ¿Eso es todo?

—Lo siento, ¡estoy tan confundida ahora! —exclamó Sandra—. Deja que pase algún tiempo. Permíteme analizar con calma mis sentimientos...

Como Pollard se separaba de ella unos pasos, Sandra le sujetó con firmeza por un brazo y escrutó rectamente los dorados ojos de Jason.

—Una cosa puedo asegurarte, Jason: no amo a ningún otro hombre —pronunció.

Jason se volvió con vehemencia y la abrazó tiernamente.

—Eso me basta... por ahora. Pero te prevengo, doctora: haré cuanto esté en mi mano para que pronto me ames apasionadamente —exclamó, impulsivo.

La tensión de besar los rojos labios húmedos de Sandra parecía irresistible. A pesar de lo cual consiguió contenerse.

En aquel momento alguien llamó a la puerta de la cabina.

Hubo un momento de indecisión por parte de Sandra. Luego oprimió un pequeño botón de su monitor de pulsera. La puerta se abrió y en ella apareció Rita García, una bella muchacha morena de largas piernas y cabellera corta y rizada.

—Tenemos una comunicación del Consejo Superior —anunció—. Junto con otras personas, habéis sido convocados en la sala de comunicaciones por el portavoz, Nicolás Velin. ¿Queréis venir?

Cambiaron una rápida mirada, entre ansiosa y tensa. E inmediatamente obedecieron.

Rita les señaló con un ademán amable los asientos que debían

ocupar. De reojo, Jason advirtió que en la sala estaban ya otras diez personas, entre las que reconoció a Charlie McLean, piloto de astronaves, Glen Henry, meteorólogo, Betty Fishers, bióloga, Eve Landon, ingeniero electrónico, y el reverendo Rudolph Asquith, pastor anglicano y eminente botánico y zoólogo.

Rita García se dirigió en seguida al gran panel de instrumentos situado bajo la gran pantalla de televisión. Sin más preámbulos, operó en el panel y poco después aparecía a la vista de todo el rostro anguloso de Nicolás Velin.

—Queridos amigos —les saludó—: Imagino que todos vosotros os sentís muy impacientes por conocer el motivo por el cual os he congregado en la sala de comunicaciones. No quiero exacerbar vuestra ansiedad. ¡El gran momento ha llegado! Todos vosotros, incluida la eficiente Rita García, emprenderéis dentro de unas horas el viaje a ese hermoso planeta que llamamos Hopeland **(1)**.

Hizo una pausa emocionada y prosiguió:

—Puedo entender vuestra impaciencia, vuestra ansiedad. Me basta contemplar vuestros rostros para comprobar que todos anheláis emprender la aventura. Durante largos años, os hemos formado minuciosamente para que podáis acometer esta fabulosa empresa. Lo mejor de vosotros es que sois seres conscientes, templados y serenos, con un trascendental sentido de lo que significan palabras tales como justicia, equidad, valor y piedad. Han sido largos años de espera para vosotros, pero considerad, que nosotros, vuestros educadores, nos sentimos hoy tan impacientes como vosotros.

Nicolás Velin pasó una sarmentosa mano por su despejada frente con un ademán cansado.

—Siempre entendimos —continuó— que Outtown no era el mejor sitio donde vivir y desarrollarse. Para comprenderlo, sólo nos bastaba contemplar ese maravilloso mundo hacia el que vosotros os dirigiréis, para estudiarlo, explorarlo y comprobar si posee las mínimas condiciones de habitabilidad.

Recomendó específicamente a los expedicionarios que no se dejasen vencer por el entusiasmo cuando pusieran sus pies en Hopeland.

—Debéis recordar que el resultado de vuestra investigación repercutirá en el futuro de todos los seres de Outtown. Estudiaréis los especímenes de la fauna y flora, analizaréis sistemáticamente la

atmósfera del Nuevo Mundo y también el subsuelo, cuyos resultados enviaréis sin tardanza al almacén volante y al propio Outtown.

Sonrió levemente, pero "pronto su semblante se tornó severo.

—Una advertencia debo haceros: es muy posible que encontréis criaturas humanas semejantes a nosotros, aunque con apariencia rudimentaria. No os asustéis, pero procurad no entrar en contacto directo con ellos... ¡Podrían estar contaminados! Vosotros sabéis que en Outtown no existen prácticamente enfermedades, excepto aquellas directamente relacionadas con la vejez...

(1) «Tierra de la Esperanza», en inglés.

Indicó que debían observar a aquellos «hermanos» —así llamó Velin a las hipotéticas criaturas de Hopeland—, estudiar sus costumbres y su grado de desarrollo intelectual y físico. Y les recomendó que grabasen y examinasen todo fenómeno que les llamase poderosamente la atención. Dijo igualmente que debían estudiar indicios de otras civilizaciones, una vez comprobado que las condiciones ambientales no ofrecían peligro.

—Ahora voy a nombrar a los componentes de la expedición. Pero antes me gustaría preveniros contra posibles prejuicios derivados de estos nombramientos. Quizá algunos de vuestros compañeros se sientan postergados, poseyendo (como poseen) cualidades sobresalientes para realizar esta misión. Sin embargo, debo aclarar que el Consejo os ha designado por razones secretas de su competencia, pero siempre razonables y justas. Así, que a ninguno de vosotros extrañe que el Consejo haya decidido encomendar la dirección de la misión a Jason Pollard, que tendrá como asesor y copiloto al veterano Charlie McLean...

Jason sofocó un grito de alegría. ¡Iría a Hopeland! ¡Y como jefe de la trascendental misión...!

Apenas quería creérselo. Cierto que había alentado la esperanza de ser incluido en el histórico viaje, pero ¡como jefe...!

Nicolás Velin continuaba nombrando a sus compañeros, junto

con las actividades que a cada uno se confiaban:

—Sandra Werzinska, Medicina y Cirugía… Rita García, Telecomunicaciones y Filmaciones… Glen Henry, Meteorología y Oceanografía… Betty Fishers, Biología y Mineralogía… Eve Landon, especialista en análisis eléctricos y material electrónico… Rudolph Asquith, Zoología y Botánica… Igor Barkiev, intendente… Guido Tovali, mecánica de mantenimiento… María Arantes, enfermería… Jean Gkomoh y Satali Naga, seguridad.

Velin hizo una pausa significativa y su mirada escrutó desde la gran pantalla los rostros de los seis hombres y las seis mujeres que permanecían pendientes de sus palabras en la sala de comunicaciones.

—He dejado para el final lo más desagradable de mis palabras, que sólo entrañan la decisión tomada por el Consejo Superior de Outtown —pronunció luego, con gran lentitud—. Vuestra astronave, el *Flyinglab,* lleva a bordo suficientes aparatos y máquinas para aseguraros protección y alimento por tiempo prácticamente indefinido, pero… una vez haya descendido sobre Hopeland, *jamás podrá retornar a Outtown.*

Un escalofrío recorrió a los expedicionarios, que se miraron entre sí, aterrados.

—Mas no temáis… —les tranquilizó Nicolás Velin—. Os dirigís a un mundo maravilloso, donde podréis desarrollaros y gozar en paz de las mil posibilidades de ese planeta. Os hemos educado para ello. El resto… depende únicamente de vosotros.

CAPITULO II

Pasmados de asombro, contemplaron el aire azul.

Acababan de brotar de las más espesas tinieblas del espacio —donde apenas les era dado contemplar el remoto titilar de los astros— para sumergirse de repente en un mundo luminoso y evanescente.

Absortos, contemplaban en la pantalla las imágenes restallantes de colorido que recogían las cámaras exteriores. Una inmensidad celeste limitaba el horizonte. Allá abajo, grandes masas algodonosas flotaban libremente en el firmamento y más abajo aún se mezclaban en esplendente amalgama fajas de un verde esmeralda con grandes masas pardas y otras extensiones de un color extremadamente azul intenso.

Todos contenían el aliento ahora, gozosos, entusiasmados, traspasados de emoción por la belleza que se ofrecía libremente a sus ojos.

Luego Charlie McLean, les sacó bruscamente de su abstracción.

—Hemos penetrado en la atmósfera de Hopeland. Es el momento de iniciar la maniobra de aproximación a la superficie, Jason —advirtió prudentemente.

Con un gran esfuerzo, Jason apartó sus ojos de la pantalla y se concentró en el estudio de los aparatos de gobierno de la astronave.

Silbó el aire comprimido, descendió la presión, surgieron los airosos planos retráctiles, entraron en funcionamiento los propulsores de desaceleración y… el magnífico *Flyinglab* planeó sin trepidaciones y voló, en sentido descendente hasta rozar las masas nubosas más elevadas.

Jason inspiró profundamente oxígeno en sus pulmones.

Charlie le tendió las gafas, pues la esplendente luz podía herir sus ojos, no acostumbrados a la natural luminosidad de Hopeland.

Cerca estaba Sandra, oprimiéndola levemente un brazo, con los bellos ojos verdes reflejando la magnificencia y el asombro del maravilloso instante.

— ¡Imaginar que ahí abajo no necesitaremos equipos de respiración autónoma! —exclamó gozosa.

Los análisis habían demostrado exhaustivamente que la atmósfera del planeta al que se dirigían era rica en oxígeno, nitrógeno y gases nobles. Verdaderamente, supondría un inmenso avance—para la exploración— poder prescindir de los voluminosas equipos de respiración autónoma.

En realidad, ¿cuántas maravillas les aguardaban allá abajo? Sólo con imaginarlo, el corazón de Jason Pollard aumentaba vertiginosamente sus latidos.

Por supuesto, era consciente de que no todo iban a ser experiencias positivas e impresionantes. Habían sido adiestrados para encarar y superar el peligro..., al menos en las facetas que ellos conocían.

Tendrían que contar, en principio, con la gravedad de Hopeland, superior varias veces al entorno del mundo de Outtown. Aunque habían llevado a cabo un intenso entrenamiento allí y lo habían continuado en el almacén volante *Newark,* era inevitable que experimentaran ciertos malestares a lo largo de las primeras jornadas.

Según había podido observar Jason, la tripulación del *Flyinglab* había reaccionado positivamente una vez la astronave partió del vientre de su nodriza volante, el *Newark.* La tensión desesperada de los primeros momentos, la nostalgia de Outtown, la sombría advertencia de Nicolás Velin en el sentido de que jamás podrían volver a Outtown... todo ello había sido borrado por el trabajo y la constante atención a las maniobras del viaje.

Luego, ya, desplazándose vertiginosamente a bordo por el espacio inmenso, había llegado la comunicación del Consejo Superior de Outtown.

Como siempre, apareció en pantalla el rostro anguloso y venerable de Nicolás Velin, su portavoz.

—Ahora que habéis emprendido la Gran Aventura, el Consejo quiere confortaros y animaros en vuestra empresa —dijo—. Sabed que nuestra separación no será para siempre. De vuestra exploración, de los resultados de ésta, dependerá que la comunidad de Outtown siga o no vuestros pasos para establecerse sobre el suelo de Hopeland y desarrollarse y prosperar en paz. Comprendo que es posible que mis palabras no os sirvan de consuelo, pues una cosa es cierta: si las

condiciones de vida de Hopeland no son absolutamente positivas, la comunidad de Outtown no se reunirá con vosotros en sucesivas expediciones. En tal caso, os veréis enfrentados a sobrevivir en un medio hostil… Sin embargo, tened: la seguridad de que hemos puesto en vuestros espíritus y en vuestras manos la semilla de la supervivencia y la seguridad. Pediremos al rey de la Creación que nos ofrezca un mundo luminoso y esperanzador… En tal caso, todo el pueblo de Outtown, formado por millares de individuos de todas las razas, viviría en Hopeland en justicia y equidad por los siglos de los siglos…

El mensaje del Consejo Superior les había confortado, Jason no podía negarlo. Y ahora… ¡Ahora era el momento de enfrentar la aventura por la aventura!

El *Flyinglab* planeaba a mediana velocidad, sobrevolando las blancas nubes como una lámina de plata, esplendente a la potente luz dorada del astro que enviaba luz y calor a la atractiva superficie del planeta.

Una luz roja destelló en el panel y Jason dirigió una rápida mirada a Charlie McLean y oprimió el botón de comunicaciones sonoras.

— ¿Jason? ¡Habla Rita García! Escuchad, acabo de captar una señal sonora en la radio. Es algo tan extraño que no he podido sustraerme a la atención de que la escuchéis… ¡Atención…, paso la señal ampliada!

Sandra, McLean y Pollard agudizaron sus oídos.

Se oyó una especie de acompasado «bip-bip», semejante al de las señales estelares. Y luego una voz varonil restalló sonoramente en los altavoces:

— ¡Alarma…, alarma!… ¡Orden del presidente, prioridad absoluta en todos los canales de comunicaciones!

Sandra puso una temblorosa mano sobre el hombro de Jason Pollard.

— ¿Qué? —murmuró, pálida—. ¿Qué es, qué significa…?

Jason pulsó unos botones para analizar la fuente de emisión. Parecía tan cercana, que se asustó.

—Es..., es inteligente —murmuró Charlie, atónito—. Puedo comprender perfectamente algunas palabras, aunque no todas. ¿Qué diablos será?

Jason les impuso silencio con un ademán. La señal se había perdido y los altavoces permanecían silenciosos.

—Ese mensaje no procede de ninguna de nuestras centrales situadas en Outtown o en la Base volante *Newark,* de eso estoy seguro —declaró, preocupado.

Al cabo de unos segundos, volvieron a escuchar la inconfundible voz de Rita García.

—Lo siento, he dejado de captar la señal —dijo.

— ¡Inténtalo, haz algo! —le urgió Jason, entre asustado y ansioso.

Lentamente transcurrieron varios minutos, mientras el fuselaje inferior de la astronave se impregnaba de pequeños cristales de hielo provocados por la humedad de las masas nubosas que sobrevolaban en dirección al astro dorado, en lontananza.

Al cabo, se oyó la bien modulada voz de Rita:

—Es inútil, Jason. La señal se ha desvanecido —la operadora hizo una pausa y preguntó, indecisa—: ¿Tenéis alguna explicación para lo que escuchamos hace unos minutos?

Pollard se volvió hacia su copiloto.

— ¿Qué te parece?

—Sencillamente, no tengo ni idea. He sobrevolado en órbita docenas de veces este planeta, me he familiarizado con su atmósfera, con sus fenómenos meteorológicos, con su apariencia desde las alturas... Pero jamás pude captar un mensaje sonoro semejante. Las estaciones de Outtown han recibido a menudo señales de radiofrecuencia que parecían enviadas por seres inteligentes: casi tenían alguna ilación entre sí, aunque jamás logramos desentrañar su verdadero significado. Pero nunca oí hablar de señales sonoras, de un verdadero mensaje com0 el que hemos escuchado.

—Lo extraño es... la cadencia de esa lengua —intervino Sandra, estupefacta—. ¿Recordáis? *«Alarma, total, absoluta, todos,*

comunicaciones...» ¡Son palabras de nuestro idioma!

— ¡Tienes razón! —afirmó Jason, excitado—. Las entendí perfectamente, pero no las otras, que ni siquiera recuerdo —acercó los labios al micrófono y pidió—: Rita, por favor, ¿podrías procesar en el codificador de idiomas todos los vocablos del mensaje que captaste?

—Acabo de hacerlo, Jason —respondió la operadora—. La respuesta es una sola palabra: *inglés.*

Charlie McLean se mesó la pelirroja y fuerte cabellera.

— ¡*Inglés!* —exclamó, sorprendido—. ¿Qué significa *inglés?*

—No tengo ni idea —Sandra se encogió de hombros significativamente.

—Ni yo —murmuró Jasón, confuso.

—Tampoco yo puedo ayudaros —sonó la voz de Rita—, El codificador es un cerebro electrónico. Sus respuestas están limitadas a lo que el Consejo Superior estimó información suficiente para nuestra; necesidades. Lo deduzco así porque acabo de hacer una pregunta al codificador, mediante una tarjeta. Pregunté: *« ¿Qué es inglés?»* y respondió inmediatamente: *«Ningún comentario.»*

Jason se echó a reír, nervioso.

—Quizá sea una lengua —aventuró, luego—. Lina lengua arcaica, un idioma hablado hace miles de años en algún lugar de Hopeland.

—Pero ese mensaje... —murmuró Charlie McLean, preocupado.

—Verdaderamente inquietante —pronunció Sandra, pensativa—, ¿No podría tratarse del aviso de un ataque?

Jason movió la cabeza en sentido negativo.

—No lo creo —respondió—. Una nave próxima, cualquier cuerpo sospechoso habría sido inmediatamente detectado por nuestros sistemas de seguridad.

Suspiró, miró a sus dos camaradas y advirtió:

—Olvidémoslo, de momento. Ha llegado el momento de descender.

Iluminó el esferograma electrónico, hizo una medición por computadora y rectificó la derrota del *Flyinglab*.

Según las instrucciones del Consejo Superior de la Comunidad de Outtown, la astronave debería tomar tierra sobre un gran continente situado entre los 40 ° de latitud Norte y los 30 ° latitud Sur, justamente a la altura del ecuador del planeta llamado Hopeland.

Se comunicó con Glen Henry para obtener datos meteorológicos y geográficos y finalmente apercibió a todos los componente de la misión de que se iniciaba en descenso definitivo sobre la superficie del planeta.

—Hemos escogido para el descenso una gran extensión desierta, arenosa, pero no muy lejana a considerables masas de vegetación —informó—. Nuestra nave se acercará en aproximación hasta los dos mil metros de altitud e inmediatamente bajará con el auxilio de retro-desaceleradores. Os pido que permanezcáis todos atentos a la maniobra. Todo irá bien si cada uno de nosotros se concentra en su misión. ¡Suerte!

La lámina plateada perforó las nubes. Por breves segundos, el inmenso paisaje curvado se borró, pero en seguida tornaron a contemplar la masa verdioscura de la superficie.

Jason tragó saliva. Había sido fácil desprenderse del *Newark* en pleno espacio, sin problemas de gravitación ni, prácticamente, de impulsión. Pero ahora... Ahora se encontraba en un medio hostil, que apenas conocía teóricamente.

Miró a Charlie, que le devolvió una sonrisa de aliento. Y a Sandra, que examinaba las constantes físicas de los tripulantes a través de la pantalla de un ordenador electrónico.

El *Flyinglab* descendía pausadamente en un majestuoso movimiento casi horizontal a la destellante línea de tierra.

—Perfecto. Todo marcha bien —pronunció el experto McLean con voz pausada.

Jason miró el altímetro.

—Diez mil... Ocho mil... Seis mil —murmuró la lectura entre dientes.

A dos mil metros, la astronave inició una leve subida. Jason dio

ignición a los retroimpulsores y la nave se estabilizó y comenzó a descender equilibradamente.

Luego la superficie pareció emerger vertiginosamente y ascender al encuentro del *Flyinglab,* que unos segundos más tarde se posaba en tierra con un leve chasquido envuelto en altísimas nubes de arena dorada.

— ¡Fuera! —pronunció McLean alegremente. Y desconcertó todos los sistemas de impulsión de a bordo.

Sobre el quedo silbido que se dejó oír al detenerse los impulsores y máquina, Jason Pollard consiguió escuchar los latidos de su propio corazón.

Un suspiro contenido brotó de sus pulmones.

— ¡Uff! ¡Ya está! —exclamó, satisfecho.

Charlie le palmeó la espalda.

— ¡Excelente, Jason! El Consejo sabía muy bien lo que se hacía cuando te eligió para dirigir esta misión —declaró con indudable nobleza.

También Sandra se acercó a él y le presionó afectuosamente los hombros.

— ¡Fascinante! —murmuró, extasiada.

Y los tres elevaron los ojos y contemplaron las imágenes de la pantalla múltiple de televisión: los surtidores de arena que había elevado a las alturas el desplazamiento del *Flyinglab* se habían convertido en nubecillas doradas que ahora descendían pausadamente, hasta que el ambiente se aclaró y pudieron contemplar el horizonte.

Enormes masas vegetales se elevaban al borde del arenal. Por encima de las copas de los árboles, unas siluetas aladas describían gráciles planeos.

— ¡Animales...! ¡Aves como las de la reserva zoológica de Outtown! —exclamó Sandra, jubilosa.

—Es decir, ¡VIDA! —pronunció Jason, profundamente emocionado.

CAPITULO III

Durante una semana, los doce tripulantes del *Flyinglab* permanecieron en el interior de la astronave realizando ejercicios gimnásticos de adaptación a la fuerza gravitatoria del planeta en que vivirían de allí en adelante.

No era fácil. Se trataba de ejercicios repetidos, largos, tediosos y duros, que les dejaban exhaustos y doloridos hacia el final de cada jornada.

Las pruebas de superación se realizaban continuamente bajo la supervisión de Sandra Werzinska y la enfermera María Arantes.

Automáticamente, los aparatos electrónicos de medición habían obtenido valiosos datos geográficos, magnéticos y meteorológicos.

Al final de cada jornada y a pesar de sentirse al borde de la resistencia física, todos ayudaban a Rita García en su trabajo técnico de grabar imágenes y sonidos tomados por las cámaras y captadores electrónicos instalados en el exterior de la astronave.

También diariamente, se llevaba a cabo un resumen de los conocimientos adquiridos y se comunicaban los datos a la base volante *Newark,* que instantáneamente los retransmitía, sintetizados, a Outtown;

Por fortuna, al octavo día la doctora Sandra Werzinska suspendió los entrenamientos físicos.

—Creo que todos nosotros estamos en situación de afrontar la gravedad de Hopeland —dijo a Jason—, Ahora serás tú quien decida nuestras próximas acciones.

—La experiencia de estos ocho días nos dice que esta zona es poco nubosa. Podemos, por tanto, utilizar uno de nuestros vehículos propulsados por energía solar. ¿Qué esperamos? ¡Ensamblemos el vehículo y dispongámoslo todo para la primera exploración! —decidió Jason, entusiasta. Pero advirtió—: será una corta estancia fuera de la astronave. Cuando hayamos comprobado nuestra resistencia física y nuestra adaptación al ambiente, nuestras salidas se irán alargando progresivamente.

El *Flyinglab* era una sorprendente maravilla de la técnica. De hecho, los expedicionarios no contaban con aeronaves o vehículos de superficie, ni siquiera una simple lancha para navegar.

No era necesario. Los elementos de que se componía la astronave estaban formados por módulos codificados que bastaba desmontar a voluntad y ensamblar de forma conveniente para formar vehículos, lanchas, aeronaves e incluso grúas, grupos mecánicos, generadores eléctricos y un sinfín de prácticos conjuntos modulares.

El vehículo solar estuvo montado y dispuesto en poco más de dos horas. El fuselaje metálico de la astronave se abrió y la esbelta Eve Landon manipuló en los mandos que extendían la rampa de descenso.

Al liviano vehículo sobre orugas subieron diez personas. Sólo Jean Gkomoh y el intendente, Igor Barkiev, quedarían a bordo, en funciones de estricta vigilancia y como retén de emergencia.

—Adelante —dijo Jason.

Eve hizo avanzar el vehículo, que descendió lentamente la rampa hasta que sus orugas tomaron contacto con la arena.

Un soplo de fresco aire puro les recibió. Uno por uno, fueron librándose de las campanas de respiración autónoma y comenzaron a respirar con fruición el oxígeno como si se tratase de la más refinada bebida espirituosa.

El vehículo se había alejado una cierta distancia de la imponente estructura brillante de la astronave. Y allí estaban diez personas inmóviles, contemplando extasiadas la magnificencia esplendorosa de los bosques, las arenas doradas y las montañas azuladas que se divisaban en la lejanía.

—No os emborrachéis de oxígeno —les previno Sandra, con una voz limpia que resonó metálicamente al aire libre—. Respirad acompasadamente y esforzaos en dominar vuestras emociones. Ninguno de nosotros debe exponer su piel a los rayos solares hasta que comprobemos que son absolutamente inofensivos.

Callaron todos, absortos.

El oxígeno, tan caro y laborioso de obtener en Outtown, les era regalado aquí generosamente por la Naturaleza.

— ¿Cuántas otras maravillas esconderá este planeta? —se preguntó Jason.

Eve le tocó en el brazo y Pollard salió de su ensimismamiento. Miró a la menuda Satali Naga, encargada de la seguridad en la primera explotación de Hopeland. La jovencita, adiestrada en funciones de supervivencia, vigilancia y protección del grupo de expedicionarios, aferraba decidida su fusil láser.

Satali había probado centenares de veces su arma, allá en Outtown. Por supuesto, en la cuidad subterránea no se conocía la violencia, por lo que tanto Satali como Jean Gkomoh se habían entrenado únicamente contra blancos de metal, que habían probado de forma impresionante el poder de destrucción de los rayos que disparaba el pesado fusil.

—Avancemos hacia la selva —propuso Jason. Y Eve puso el vehículo en movimiento.

Hacía una hora que el astro rey de Hopeland emergiese en el horizonte. Era temprano, por tanto, y disponían de muchas horas por delante.

Las orugas del autovehículo iban dejando dos anchas huellas sobre la arena. Poco a poco fueron apareciendo algunas trazas de vegetación. Muy rala al principio, formada por pequeños arbustos inflorescentes, pero que se fue haciendo más densa y compacta a medida que avanzaban.

—Detente —sugirió Jason, cuando el vehículo avanzaba por una loma de escasa inclinación—. Creo que ésta es una buena oportunidad para probar nuestra resistencia a la gravedad.

El automóvil sobre orugas se detuvo y los expedicionarios echaron pie a tierra.

Jason caminó unos pasos, seguido de Sandra. Trató de dar un salto y… sus pies apenas se despegaron de la superficie. Un tanto asustado, pensó:

— ¡Imaginar que en Outtown cualquiera de nosotros podía dar fáciles saltos de hasta diez metros…!

Caminaron pesadamente sobre el piso herboso. Poco a poco, Jason adquirió más seguridad e incluso logró caminar con cierta soltura.

Cuando se volvió, vio a Satali, sudorosa y fatigada, que apenas podía con el peso de su fusil láser.

Compadecido, retrocedió y le dijo:

—Déjame el fusil. Yo lo llevaré. Es demasiado esfuerzo para ti —y la joven le agradeció el gesto con una débil sonrisa.

No pudieron caminar mucho más. En pocos minutos, todos sudaban copiosamente y se sentían al límite de su resistencia física. Por fortuna, Eve les seguía con el auto oruga y en pocos minutos todos subieron pesadamente y se dejaron caer con un suspiro de alivio sobre los asientos.

Jadeante aún, Jason se volvió hacia ellos, animoso:

—La situación no es tan dramática. En el fondo, se corresponde con lo que habíamos previsto. ¡Imaginaos lo que hubiera ocurrido si no nos hubiéramos entrenado hasta el aburrimiento! Supongo que hubiéramos dado dos pasos y caeríamos, desfallecidos, al suelo, sin posibilidad remota de alcanzar nuestro vehículo.

— ¡Es horrendo! —clamó el reverendo Asquith, sombrío—. Más que caminar, nos arrastrábamos como los gusanos que yo mismo criaba en Outtown. Me temo que…

— ¡Calma! —Pidió Sandra con una serenidad que sorprendió a Jason—. Este no es nuestro medio, pero conseguiremos adaptarnos a él.

— ¡Jamás! —gruñó, derrotista, Rudolph Asquith—. Verdaderamente, ésta no es la Tierra de Dios. Nada tiene que ver con el paraíso que imaginábamos…

— ¡Cállese! —rugió Jason, impaciente—. Rudolph: *era usted*

quien tenía que confortarnos en las dificultades. ¿Qué le ocurre ahora? Reflexione: no hay nada de calamitoso en esta experiencia. Estamos aquí, vivos. Un poco cansados, sí. Pero ¿qué importa eso? Si no somos capaces de desplazarnos en Hopeland con la misma facilidad que en Outtown, disponemos de vehículos que nos transportarán tan velozmente como deseemos.

Betty Fishers reforzó las palabras de Pollard.

—Jason tiene razón, reverendo. No hemos llegado a ninguna situación límite. No era más que una prueba... Y no me parece tan negativa, a decir verdad. Por favor, escuchadme. Quiero que me digáis si os ocurre lo mismo que a mí. Siento de nuevo el vigor en mis músculos, incluso me atrevería a caminar de nuevo. ¡Mirad!

Vehemente, la robusta Betty bajó del vehículo y dio unos rápidos pasos sobre la hierba. Atónitos, comprobaron que todos podían hacer lo mismo.

— ¡Hombre de poca fe! —exclamó McLean, palmeando la ancha espalda del clérigo—. ¿No lo has advertido, Rudolph? Nos hemos fatigado en seguida, pero la riqueza del oxígeno y nuestro entrenamiento nos permiten recuperar las fuerzas en pocos minutos.

— ¡Es cierto! —gritó García, que acababa de bajar del vehículo para comprobar sus fuerzas y caminaba ágilmente entre los matorrales —. ¡Me siento en condiciones de volver a caminar!

Durante unos minutos, todos dieron vueltas alrededor del autooruga, retozando y caminando como chiquillos que acaban de estrenar unos zapatos.

Sin embargo, el astro solar había ascendido mucho en el firmamento y sus rayos quemaban materialmente, por lo que Jason dio la orden de volver al vehículo, dotado de cristales aptos para protegerles del sol.

Cuando nuevamente estuvieron los diez juntos, Rudolph Asquith inclinó la cabeza y murmuró:

—Disculpadme, amigos míos. Reconozco que me he comportado como el individuo más débil de la expedición. La verdad es que me sentí desamparado en esta enorme extensión cuando sentí las piernas tan pesadas que apenas pude moverme. Y Jason tenía razón: soy yo quien, mediante la fuerza espiritual de la fe en el Rey de la Creación, debería daros consuelo y ánimo. ¡No sé cómo pudo ocurrir...!

—Es lógico, reverendo. No pensemos más en ello, por favor, y aprendamos la lección. Pueden más el optimismo y la confianza en nuestros propios recursos que el frío desaliento —dijo Jason, pensativo.

Pero su faz se aclaró inmediatamente. Miró a sus camaradas y les propuso:

— ¿Queréis que avancemos un poco más? No caminaremos; seguiremos a bordo de este práctico autooruga. Os lo confieso: siento una cierta ansiedad por contemplar de cerca a uno de esos... animales de Hopeland.

Todos asintieron de excelente humor. Eve maniobró en el panel del vehículo y éste se puso en marcha a mediana velocidad.

Diestramente, evitó un espeso matorral y condujo el autooruga a través de un claro. De repente, los arbustos se agitaron a unos veinte metros y un bellísimo animal de piel clara, moteada, apareció entre las frondas.

Admirados, contemplaron su esbelta silueta. Estaba dotado de finas patas y un largo cuello y sus orejas estaban enhiestas como si tratase de captar el menor rumor anormal.

Alguien se movió dentro del autooruga y el animal dio un sorprendente salto y desapareció fulminantemente por encima de los arbustos de más de tres metros de altura.

— ¿Qué era *eso?* —exclamó Eve Landon, tan sorprendida como los demás.

—Parece... una *cabra* —respondió el reverendo Asquith, que era el zoólogo mejor preparado de la comunidad de Outtown—. Yo no he visto ninguno de esos animales, pues la última cabra de nuestra reserva zoológica murió hace mucho tiempo, pero pude estudiar unas fotografías de esos rumiantes. Era un animal cuadrúpedo, herbívoro, con protuberancias óseas llamadas *caernos,* que les sirven de defensa. Producían leche y carne y su piel se utilizaba para fabricar diversos utensilios.

Admirados por la docta disertación de Rudolph Asquith, no pudieron advertir el rumor de arbustos rotos que se produjo en la espesura.

— ¡Escuchad! —susurró Satali cuando volvieron a oírse los

crepitantes chasquidos de troncos destrozados.

Eve puso el vehículo en marcha y avanzaron entre dos densos matorrales. De pronto se encontraron en un espacioso claro de la vegetación.

Un arbusto de unos cinco metros de altura, situado a la derecha, se agitó violentamente y el tronco más largo —de unos diez centímetros de grosor— se abatió con un seco chasquido.

Eve se encogió en su asiento, aterrada.

— ¿Qué...?, ¿qué será? —murmuró, pálida.

No tardaron en saberlo. Porque inmediatamente, un cuerpo gris de grandes proporciones avanzó a través de la espesura y trotó sobre la pradera produciendo un ruido sordo y acompasado.

El descomunal espécimen se detuvo en mitad del claro. Sus inmensos ollares se distendían, temblorosos, tratando de detectar a sus posibles enemigos mediante el olfato.

Luego pateó, rabioso, los yerbajos, bufó y cargó ciegamente contra el autooruga.

Sus gruesas y cortas patas machacaban la tierra, elevando un rumor potente, amenazador.

Satali sacó el cañón del fusil, trató de mantener el equilibrio y apuntó, nerviosa.

Jason dudó.

Se trataba de una bestia tan voluminosa como el autooruga y, posiblemente, de un peso aún superior. Su carga, enfilándoles en línea recta, no parecía dejar a dudas: el animal, por alguna extraña razón, se disponía a atacarles.

Eve, incapaz de reaccionar, permanecía rígidamente aferrada a los mandos del vehículo. Contemplaba aterrorizada las dos enormes protuberancias óseas que emergían del morro de la bestia, sus pequeños ojos malignos...

— ¡No dispares! —gritó Jason a Satali, que se disponía a enviar sobre el corpulento animal su mortífero rayo láser.

De un manotazo, Jason apartó a Eve, bajó la palanca de

arranque y puso en marcha el autooruga.

Su intención era evitar la acometida de la bestia, para lo cual aumentó la velocidad y consiguió que el vehículo siguiese una trayectoria oblicua.

Satali gritó de espanto cuando la enorme masa de músculos se acercó vertiginosamente y las gruesas astas rozaron el flanco derecho del autooruga, que se desplazó violentamente hacia la izquierda.

Pero Jason había conseguido su objetivo: había logrado evitar la salvaje acometida del pesado animal.

Un grito de María Arantes, que viajaba en el asiento trasero, le previno que las dificultades no habían terminado aún.

Al límite del claro, Jason detuvo una de las orugas y el vehículo giró sobre sí mismo.

Al otro extremo, la fiera se había estrellado ciegamente contra los arbustos, pero en pocos segundos volvió nuevamente a la carga, bufando y elevando nubecillas de polvo negruzco tras sí.

Satali se aferraba a su fusil como si le fuese la vida en ello. Escrutaba con ansiedad las facciones de su jefe, esperando que Jason le diera de un momento a otro la orden de disparar.

Pero Pollard permanecía mudo, los labios apretados, y todos los sentidos pendientes de la fiera, que volvía a cargar con impresionante furia.

El autooruga se movió, cuando la bestia trotaba en el centro de la reseca pradera. Jason logró que el vehículo describiera una «S», pero cuando trataba de enderezar la marcha, máquina y bestia entraron en colisión.

Fue todo tan rápido que ni la atenta Satali tuvo tiempo para reaccionar.

Bruscamente, resonó el crujido de las planchas, el vehículo se elevó y volcó aparatosamente.

CAPITULO IV

Jason se alzó del suelo entre nubes de asfixiante polvo.

Alzó urgentemente a Satali, tomó el fusil y retrocedió.

Tenso, aguardó.

Oyó un rumor lejano. Chasquidos de arbustos destrozados y el característico «blam-blam» de las pezuñas de la bestia, que trotaba entre la floresta, alejándose, fue cuanto pudieron percibir sus oídos.

Lentamente, sus compañeros fueron saliendo del volcado vehículo. Por fortuna, a excepción del evidente susto y algunos rasguños, ninguno de ellos había recibido daños de importancia.

— ¡Uff! —Sandra Werzinska sacudía el polvo de sus vestidos—. ¡Temí que esa fiera nos destrozase...!

Charlie McLean se aproximó a él, malhumorado. Tenía el labio inferior partido y la sangre manchaba su barbilla.

— ¿Por qué no disparaste, por qué no diste la orden de disparar? —exclamó, con reproche—. ¡Míranos! ¡Llenos de rasguños, golpeados, a punto de morir aplastados! ¡Mira el autooruga, destrozado...!

—No hay para tanto —intervino Eve, conciliadora—. Fue un golpe aparatoso y nada más. En realidad, todos los desperfectos que advierto son las planchas abolladas y el desprendimiento de una de las baterías de células solares. Lo más importante está intacto: las orugas y el motor eléctrico. Si me ayudáis a poner el vehículo en su posición correcta, lo habré reparado antes de media hora.

—A pesar de ello —insistió McLean, disgustado—. Reflexionad. Estamos a unos diez kilómetros del *Flyinglab*. ¿Imagináis lo qué sería

de nosotros si el autooruga hubiera resultado seriamente averiado? ¡Diez kilómetros *caminando* para volver a nuestro refugio! ¡Y todo ello bajo los rayos de ese sol ardoroso que nos quema! Posiblemente hubiéramos parecido en el intento. ¡Y todo por respetar la vida de una peligrosa bestia salvaje…!

Jason miró de reojo al resto de sus camaradas. También advirtió el reproche en las expresiones del reverendo Asquith, de Rita García y de María Arantes.

Al fin, alzó la cabeza con entereza.

—Lo siento —se disculpó—. Tienes razón: tal vez debería haber disparado sobre la fiera… Sin embargo, no puedo olvidar las enseñanzas de nuestros educadores. Aquello que aprendimos desde nuestros primeros años, ¿recordáis? Me enseñaron, como a vosotros, que los animales son dignos de respeto y que solamente debemos sacrificarlos cuando de ellos dependen nuestro sustento y nuestra seguridad. Recordadlo: también hay condiciones animales en nosotros, los humanos… En fin, creí que podría evitar la acometida de ese animal. Me equivoqué y lo lamento. Ahora, si queréis ayudarme, pondremos en pie el autooruga y echaremos una mano a Eve para reparar las averías —terminó.

Se pusieron manos a la obra.

Jason se sentía satisfecho de su actitud. Había admitido su error con toda nobleza, pero había explicado claramente sus motivos morales.

Como Eve afirmase, el autooruga funcionó sin problemas en cuanto la batería solar, desgajada del techo, fue hábilmente soldada a su eje.

—Volvamos a casa —dispuso Pollard. Y todos subieron al vehículo que emprendió la marcha hacia el sol.

Según la división horaria de Hopeland, eran las doce del mediodía. Cuando alcanzaron el arenal, la temperatura se elevó tanto que se volvió prácticamente irrespirable. Los rayos del sol caldeaban tanto las arenas que el suelo quemaba literalmente. Observaron entonces un raro fenómeno de distorsión óptica: al ascender, el aire recalentado, desdibujaba la visión.

Media hora después divisaron la cegadora silueta del *Flyinglab,* que, al reflejar los rayos del sol, fulgía como un ascua de oro.

Rita dirigió una señal de radiofrecuencia y la rampa descendió. El vehículo subió lentamente, el habitáculo se cerró herméticamente, y todos descendieron del autooruga.

—No tiene importancia —exclamó Eve, animosa, golpeando de un manotazo las abolladas planchas del autooruga—. Bastará desmontar estos elementos y cambiarlos por otros nuevos.

Jean Gkomoh e Igar Barkiev vinieron a darles la bienvenida. Se mostraron muy interesados en el viaje y no descansaron hasta que Rita García les describió con jodo detalle el incidente ocurrido en relación con el monstruo cornudo que les había atacado en el claro de la floresta.

—No os preocupéis —les dijo Jason—. Rita ha filmado toda la escena y podréis verla antes de que enviemos esos documentos a Outtown. Por lo demás, os prometo que los dos formaréis parte de la próxima exploración.

Estaban hambrientos y sedientos, pues ninguno de ellos había recordado que en el autooruga portaban suficientes provisiones para resistir una semana en el exterior. Así pues, se reunieron en el comedor y dieron cuenta en silencio de un abundante almuerzo.

Por supuesto, todos se sentían muy cansados e incluso somnolientos, a excepción de Barkiev y Gkomoh. Cuando Jason propuso que durmieran unas horas para recuperar las fuerzas, los dos últimos se prestaron voluntariamente para hacer la guardia.

Al atardecer, se reunieron para procesar las filmaciones. Gkomoh y Barkiev hicieron vivos comentarios al visionar la escena del encuentro con el monstruo cornudo.

Fue entonces cuando Pollard preguntó a Rudolph Asquith.

—Reverendo, ¿podría decirnos de qué clase de animal se trata?

Asquith dudó. .

—Lo siento, pero no sabría decirlo. Desde luego, no existe nada semejante en nuestra reserva zoológica de Outtown, si bien la piel gruesa de ese animal parece recordar las características de los paquidermos, como los cerdos que criamos en la Comunidad. Naturalmente, ese animal era mucho mayor y no debía pesar menos de dos toneladas, según la gravedad de este planeta.

Betty Fishers llamó la atención de todos con su comentario.

—No sé si a vosotros os ocurrirá lo mismo que a mí... Durante nuestro paseo de esta mañana, he percibido una extrañísima sensación.

— ¿En qué consistió? —indagó la doctora Sandra Werzinska.

—El entorno selvático en el que nos movíamos me recordaba algo. Ya os digo que era una sensación insólita. Como si yo, antes de ahora, *hubiera estado alguna vez sobre la superficie de este planeta.* Allá en lo más hondo de mi subconsciente parecían brotar borrosos recuerdos... Este desierto, el mundo vegetal de las colinas los espesos matorrales, incluso aquel bello animal que apareció y desapareció rápidamente... ¿Cómo se llamaba, reverendo?

—Cabra —respondió el clérigo.

—Pues bien: nada de ello me parecía extraño, sino familiar. Le repito: por un momento tuve la vaga noción de que yo había estado *aquí* antes de ahora —relató.

Rudolph Asquith se agitó, inquieto.

— ¡Pero eso es imposible, Betty! Ninguno de los individuos de la comunidad de Outtown descendió jamás a la superficie de Hopeland. Concedo que alcanzar y vivir en este planeta fue siempre el sueño de nuestros antecesores —explicó, alterado—, pero no lo consiguieron antes de ahora, si bien hombres esforzados como Charlie McLean, Robinson o Brooks llegaron a sobrevolar Hopeland a centenares de miles de metros de altura. Creo... creo que estás obsesionada, Betty.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. Al cabo, fue Jason Pollard quien tomó la palabra.

—Yo no he experimentado esa sensación de «retorno» que notó Betty... quizá porque mis sentidos estaban concentrados en prevenir cualquier incidente —dijo—. Sin embargo, me he preguntado muchas veces... ¿quiénes somos nosotros, cuál es nuestra historia? ¿Hemos vivido siempre en Outtown o por el contrario procedemos de algún mundo lejano?

Sandra parpadeó. Tragó saliva y exclamó:

— ¡Es cierto! También yo me he hecho a menudo preguntas semejantes. Reparad en una cosa: los individuos de la Comunidad de

Outtown *carecemos de historia.* Todo lo que sabemos de nuestra raza y nuestra cultura apenas alcanza a doscientos años atrás. Nuestros conocimientos provienen de los ancianos del Consejo Superior, algunos de los cuales ha cumplido ya más de ciento cincuenta años, medidos según la magnitud temporal de Hopeland, por la que siembre nos hemos guiado. Pero ¿quiénes fueron nuestros antecesores antes de ellos?

Nadie pudo responder a tal pregunta.

—Se diría que los hombres del Consejo Superior ocultan algo...

Que guardan algún secreto. Nuestros conocimientos nos permiten establecer que ninguna civilización alcanza un grado de evolución tan perfecto en doscientos años. Así pues, ¿cuál es la explicación?

Rudolph Asquith se irguió, irritado.

Esas palabras... ¡casi suenen a blasfemia, Betty! ¿Puedes dudar de nuestros ancianos, que nos han legado todo su saber, que nos han protegido constantemente? ¿Por qué habían de ocultar tal secreto? Y la explicación es: no existe tal misterio —exclamó el clérigo, tenaz.

—No todo está tan claro —opuso Charlie McLean, pensativo—. La técnica de la Comunidad estaba tan avanzada ahora como cuando mi padre me engendró y mi madre me parió —declaró rudamente—. Hopeland estaba relativamente cerca. *Yo afirmo que estaba al alcance de nuestros medios de transporte,* mucho antes de que yo naciera. ¿Por qué, entonces, los ancianos del Consejo no se decidieron a intentar la conquista del paraíso?

Rudolph volvió a incorporarse, cada vez más agitado.

—Ellos nos legaron una religión, un compendio de creencias. Todos nosotros creemos en la existencia del Rey de la Creación. Jamás lo hemos visto, no obstante; pero estamos seguros de su existencia mediante la fe. ¿No es cierto? —inquirió.

Todos asintieron sin dudar.

—La fe es la virtud más excelsa... —siguió Asquith—. Hay un misterio insondable tras la idea de Creador. Pues bien: existen otros misterios. Creo que sólo la fe puede calmar vuestra inquietud. Opino que lo mejor es dejar de formularnos preguntas que no tienen respuesta —terminó.

Pero sus camaradas no quedaron del todo satisfechos, a juzgar por sus expresiones concentradas.

La reunión se disgregó poco después. Rita García y Jason Pollard establecieron comunicación con la base flotante *Newark* y algunos minutos después, sorprendentemente, velan el rostro de Nicolás Velin en la pantalla de televisión.

—Excelente material, queridos amigos —aprobó con una sonrisa afable—. No he tenido tiempo para visionar por completo las imágenes que filmasteis, pero he visto el ataque de ese soberbio animal. Vuestros progresos nos hacen concebir fundadas esperanzas. Quizá un día no lejano... Pero no quiero menguar vuestro descanso. Enviad mi saludo a todos. Volveré a comunicar con vosotros, pronto.

Cuando se cortó la comunicación con Outtown, Jason se volvió hacia Rita, estupefacto.

—No lo entiendo —pronunció, confuso—. Imaginé que esas imágenes supondrían un dato negativo. Sospeché que la existencia de animales tan corpulentos, verdaderas fieras salvajes, influiría adversamente en los proyectos del Consejo Superior. ¡Pero Velin parecía tan satisfecho, incluso ilusionado! ¿Hay forma de entenderlo?

Rita se encogió de hombros.

—Misterio de fe, según nuestro pintoresco camarada el reverendo Asquith —bromeó la operadora con fina ironía.

Se disponía a desconectar los sistemas de comunicación, cuando en los altavoces resonó aquel inquietante «bip-bip».

Intrigada, Rita aisló y aumentó la señal y en seguida pudieron oír aquellas frases:

— ¡Alarma general! ¡Prioridad absoluta para las comunicaciones emanadas de la Presidencia! ¡Escuchen, escuchen atentamente...!

Jason y Rita contuvieron el aliento. Temerosa de perder la señal, la mujer maniobró rápidamente en el tablero de instrumentos para aumentar la potencia de escucha.

Nuevamente se oyó la voz vibrante.

—...sufrido un ataque nuclear del enemigo En consecuencia, queda declarada la guerra total. Todas las autoridades de tierra, mar y

aire, dependientes del Alto Mando, observarán estrictamente las instrucciones que pronunciará el presidente en persona. ¡Atención todos los mandos estratégicos! ¡Habla el presidente de la nación!

Jason tragó saliva.

No podía entender todos los términos de la urgente llamada, pero sí era posible deducir el sentido.

Hubo una pequeña pausa. En seguida resonó otra voz, tensa y enronquecida:

—Es penoso para mí dar esta orden, pues sólo significa destrucción y muerte. Sin embargo, no podemos cruzarnos de brazos ante la durísima agresión enemiga. El enemigo ha destruido ya varias de nuestras más importantes ciudades y algunos centros neurálgicos de la defensa nacional. Sólo nos queda responder a la agresión con la agresión, a la muerte con la muerte. Sé que mi orden significa destrucción, posiblemente la mayor hecatombe de la Historia y que...

Bruscamente, los altavoces enmudecieron.

— ¡Haz algo, recupera la señal, da más potencia...! —pidió Jason, tan agitado que sentía temblar toda su epidermis.

Rita se esforzó en los instrumentos. Con movimientos rápidos y precisos, lo intentó de todas las formas.

Pero no volvieron a escuchar el menor rumor. Ni siquiera el inquietante «bip-bip» que solía proceder a tales comunicaciones.

Al fin, Jason expelió el aliento con fuerza y dejó caer los brazos con desgana.

— ¡Es... es alucinante! Lo que hemos oído... parece una declaración de guerra, de... destrucción total —exclamó, preocupado —. ¿Podría entrañar una amenaza para nosotros?

También Rita se sentía transida por la angustia.

— ¿Quién lo sabe? —respondió—. En cualquier caso, los que impartieron ese mensaje eran seres que deben dominar una técnica muy depurada, casi tan perfecta como la nuestra.

—Tienes razón, puesto que poseen potentes medios de comunicaciones. Y esas frases... *sé que mi orden significa destrucción*»,

«...la mayor hecatombe de la Historia...» son muy significativas. Podría deducirse que dominan armas tan destructivas como para hacer estallar su propio mundo. Pero ¿quién sería tan loco para destruir su propio entorno..., instalaciones..., ciudades, bienes?

—Hablaban constantemente del «enemigo». ¿Qué significa *enemigo?*—quiso saber la operadora.

Jason se mostró confuso.

—No lo sé... El contrincante, tal vez. Quizá dos bandos en lucha... Pero ¡todos esos conceptos son tan raros para nosotros, que jamás hemos luchado entre nosotros! Aprendimos la convivencia en paz, el respeto al prójimo y a sus ideas, el progreso común y el bienestar de todos —fue diciendo con voz opaca.

— ¡Tienes razón!, pero ¡hay tantas cosas que no conocemos! —Se lamentó Rita—. Nuestros instructores aludieron a la posibilidad de que encontrásemos en Hopeland criaturas racionales, a semejanza nuestra. Es decir: hombres y mujeres, aunque a un nivel primitivo. Pero ¿si no fuera así? ¿Si Hopeland estuviera habitada por seres de culturas muy superiores a la nuestra que incluso hubieran aprendido a... odiarse? ¡Sólo así tendría una explicación lógica ese insólito mensaje!

—Sí. Pero yo preferiría que nos encontrásemos con seres rudimentarios, carentes de ambición y de maldad. Este planeta es riquísimo, según hemos podido comprobar, aunque sólo llevemos aquí unos días. Parece poseer una fauna rica en especímenes, vegetales, ¡inmensas extensiones de agua! —se maravilló Jason.

Y en verdad que para ellos el agua era tan preciosa y necesaria como el oxígeno. Pero en Outtown, el agua había que obtenerla del subsuelo, gota a gota, mediante un complejísimo procedimiento líquido, que obligaba a todos a escatimar el preciado líquido con severas ordenanzas que nadie podía transgredir.

—Hopeland es riquísimo, sí —asintió Rita, maravillada—. ¡Y pensar que nosotros debemos obtener pequeñas cantidades de frutas y hortalizas en costosas criaderos aislados y protegidos...!

—Sí... —Pollard dejó escapar el aire contenido a presión en sus pulmones—. Por eso me inclino a creer que en este planeta no está asentada ninguna civilización superior. Hemos observado extensas porciones de terreno con telescopios y... aún no hemos tropezado con un ser humano. No deben ser muy abundantes, por lo que disponen de

toda suerte de alimentos. ¿Por qué iban a pelear entonces, si, aunque fuesen centenares de miles, podrán sobrevivir todos en paz y amistad… como nosotros?

Su pregunta no halló respuesta en Rita, que apoyaba su barbilla entre las manos con una expresión fatigada.

Al cabo, ella se incorporó.

—Vayamos a descansar —propuso la joven—. Por cierto, Jason, ¿debemos informar a nuestros camaradas acerca del segundo mensaje que acabamos de captar?

Pollard consideró el asunto. Finalmente negó con la cabeza.

— ¿Para qué? Sólo conseguiríamos preocuparles inútilmente —repuso. Y agregó—: Si descubriésemos la menor señal de alarma, les hablaríamos claramente, desde luego. Así pues, el secreto queda entre los dos. Ya sabes que no es un procedimiento habitual entre nosotros callar algo que a todos concierne, pero, ahora, el bien de todos aconseja que no digamos nada.

Deseó un feliz descanso a Rita y se encaminó a su cabina.

Sentía un ardiente deseo de conversar con Sandra, de recrearse en la contemplación de sus ojos bellísimos, de acariciar sus mejillas, de…

Pero no se decidió a visitarla. Sandra se había retirado hacia un rato y debía estar ya profundamente dormida.

También él se dejó caer sobre el mullido lecho, cerró los ojos y relajó sus músculos. Pocos segundos después el sueño se apoderó de él.

CAPITULO V

Durmió diez horas de un tirón y se despertó descansado y ansioso por entrar en acción.

Durante la primera comida del día, Jean Gkomok aludió a cierto incidente de la noche anterior.

— ¿Qué ocurrió? —preguntó Jason, elevando la mirada.

—Pero ¿ninguno de vosotros lo oyó? —inquirió Jean, asombrado.

— ¿Qué habíamos de oír? —exclamó Sandra, expectante.

—Igor y yo fuimos testigos —declaró—. Naturalmente, ahora me explico que vosotros no os despertaseis: estabais extenuados por la caminata de ayer.

Rudolph Asquith se agitó, inquieto, en su asiento.

— ¡Está bien! ¿Por qué no os explicáis de una vez? —les animó.

Gkomok asintió con una cabeza.

—Desperté bruscamente en mi lecho al escuchar fuertes golpes que resonaban metálicamente —relató—. Miré mi reloj y vi que eran las dos de la madrugada... Como los golpes se sucedían casi sin cesar y su intensidad iba en aumento, pensé que lo mejor sería despertarte, Jason. Pero antes decidí consultar con Igor Barkiev.

—Le aconsejé que te dejase dormir —intervino el atlético Igor—. Comprendimos vuestro cansancio y...

—Decidimos averiguar la razón de aquellos ruidos que iban en aumento a cada minuto —siguió Gkomoh—. Fuimos hacia la planta elevada de propulsores, donde los golpes se oían con mayor intensidad. Era... como si algunos cuerpos muy duros y pesados golpearan con fuerza contra la parte superior del fuselaje y también sobre los planos retráctiles, que zumbaban con una vibración que

hería los oídos.

— ¿Qué descubristeis?

—Confieso que los dos estábamos aterrados, pero Jean y yo nos decidimos a averiguar el origen del raro fenómeno.

Ascendieron a la planta superior y comenzaron a aflojar la escotilla de emergencia, movida por un pequeño motor eléctrico.

—Como no había presión interior, nos bastaría con echar una ojeada fuera —explicó Barkiev—, Jean fue el primero en asomar la cabeza y el tronco y... Pero será mejor que lo cuente él.

—Habla, Jean —le instó Jason, ya claramente impaciente.

—Comprobé que había formaciones de electricidad estática en el plano-delta del timón para navegación aeronáutica —narró Gkomoh —. La punta más elevada del delta aparecía rodeada de un fulgor azulado-rojizo. Ya sabéis que es un fenómeno que suele producirse a veces como consecuencia de los campos magnéticos creados por los generadores...

— ¿No puedes sintetizar más? —pidió Betty Fishers, anhelante.

—Quiero explicaros paso a paso todo lo que sucedió —replicó Jean, pacientemente—. En aquel momento, algo voluminoso cruzó por delante de mí, dejando escapar un sordo zumbido. Sentí el aire que desplazaba aquel... animal o... lo que fuere. ¡Y chocó contra el delta violentamente, provocando una potente vibración metálica! Luego se oyó un sordo baque contra el suelo... Indudablemente, el cuerpo cayó a tierra.

Jean añadió que había ascendido hasta el fuselaje y que, de improviso, algo chocó contra él y le derribó.

—Estuvo a punto de resbalar sobre el metal y caer al suelo desde diez metros de altura —siguió Igor—. Estaba desvanecido cuando llegué arriba. Confieso que yo me sentí aterrado al escuchar los extraños zumbidos que llenaban la noche. Así pues, me limité a tirar del cuerpo de Jean, le metí a través de la escotilla, que cerré inmediatamente. Mi compañero volvió en sí pocos minutos después. Le llevé a su cabina y permanecí con él hasta que estuvo completamente reanimado y me contó su experiencia allá arriba.

— ¿Por qué no me despertasteis? ¡Estuvisteis los dos en peligro!

—les reprochó Pollard, sin acritud.

—Sí, creo que al menos yo estuve en peligro —confesó Gkomoh —. Pero cuando volvimos a la planta superior, los golpes habían cesado. Todo estaba en silencio. Intentamos ver algo a través de las cámaras de televisión exteriores, pero la noche era muy oscura, y no captamos señales luminosas. Cierto que podíamos haber iluminado el desierto a nuestro alrededor. Pero no lo hicimos.

— ¿Por qué? —preguntó Jason.

—Me pareció que aquellos..., ¿cómo llamarlos? ¿Bichos? Pues, me pareció que aquellos bichos eran atraídos por el fulgor fosforescente que emanaba de las formaciones de electricidad estática. Y temí volver a atraerlos con las luces exteriores —se justificó Jean Gkomoh.

Cuando éste terminó de hablar, los restantes miembros de la expedición a Hopeland cambiaron entre sí rápidas miradas de ansiedad e incertidumbre.

—Dices que esos... bichos volaban, ¿no es cierto? —indagó Jason, tras una pausa.

—Indudablemente. Se trasladaban a través del aire, sí.

— ¿Dirías que se trataba de aves? Jean, tú aprendiste de sobras la apariencia de las aves —añadió Pollard al comprobar la vacilación de Gkomoh.

Jean apretó un enorme puño sobre la palma de la otra mano.

— ¡No eran aves! —exclamó al fin.

— ¿Entonces...?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros. Y sus labios se distendieron en una amplia sonrisa—. Pero la solución es fácil: si queremos saciar nuestra curiosidad, sólo tenemos que salir. Estoy seguro de que alguno de esos bichos cayó muerto al estrellarse sobre las recias planchas del delta.

— ¡Naturalmente! —exclamó Sandra, decidida. Y todos se alzaron de la mesa y se dispusieron a salir.

— ¡Esperad! —les detuvo Jason—. ¿Habéis olvidado que

conocemos muy poco acerca de este extraño e inconmensurable mundo? La aparición de esas criaturas voladoras pudiera entrañar una amenaza para nosotros —les advirtió—. Así pues, tomaremos todas las precauciones. Por si acaso, cada uno de nosotros tomará un fusil láser.

Corrieron a los armeros y tomaron las armas de manos de los encargados de la seguridad. Jean Gkomoh y Satali Nada.

Luego descendieron, anhelantes, a la planta baja y Eve Landon manipuló el sistema de apertura de la rampa.

Descendieron despacio y se distribuyeron estratégicamente alrededor de los deslizadores-soporte de la astronave. El sol caía con fuerza sobre el arenal y la sombra del *Flyinglab* era compacta y densa en contraste con la luminosidad exterior.

De todas formas, distinguieron unos bultos oscuros a unos setenta metros de distancia, a popa de la astronave.

Por lo demás, no había animal a la vista. Ni siquiera las gráciles aves que habían divisado en las alturas el día que descendieron sobre Hopeland. Salieron al sol y dirigieron una anhelante mirada al fuselaje del *Flyinglab*. Había manchas oscuras, rojizas, sobre el metal, pero la verdad era que la resistente estructura no había resultado dañada.

Jason dio la orden de avanzar hacia popa. A medida que se acercaban percibieron un penetrante olor nauseabundo.

— ¡Mirad! ¡Son enormes! ¡Hay muchos...! ¡Diez..., doce...! ¡No, catorce! —exclamó Igor Barkiev, muy excitado.

Sandra se retrasó, medrosa, hasta ponerse a la altura de Jason Pollard.

Luego cubrieron los últimos metros y contemplaron, asqueados, aquellos cuerpos negruzcos.

Medían unos sesenta centímetros de longitud y no debían pesar menos de quince kilos. Mostraban destrozadas las extrañas cabezas dotadas de ojos complejos, poseían seis patas delgadas, que brillaban con un color negro-azulado y estaban provistas de cerdas. Todos aquellos bichos habían caído de espaldas y mostraban, además, un par de alas membranosas e irisadas y un abdomen voluminoso, a rayas grises y blanquecinas. De la parte inferior de sus destrozadas cabezas partía una especie de trompa peluda.

El aire hedía materialmente. Al parecer, se trataba de animales de cuerpo poco compacto y el calor del sol había hinchado sus vientres e iniciado rápidamente la descomposición.

— ¡Parecen... insectos! —exclamó Betty Fishers, asqueada.

—*Son* insectos, querida Betty —puntualizó Rudolph Asquith, con las facciones descoloridas—. Pero... ¡bendito sea el Rey de la Creación!, jamás imaginé que existieran en algún sitio insectos de este tamaño. En Outtown, conservábamos un criadero aislado de animales como éstos pero diminutos, llamados «moscas».

— ¡«Moscas»! —repitió Jean Gkomoh, admirado. Y escupió en el suelo con un gesto de repulsión grabado en su oscuro rostro.

—Las enseñanzas que recibí de mi educador, el profesor Klein, puntualizan que los insectos como las moscas, son animales peligrosos, pues pueden transmitir enfermedades gravísimas, generalmente epidémicas —disertó Asquith con tono doctoral—. Por eso manteníamos aislados a los especímenes que criábamos.

Al fin, todos se apartaron de aquellos animales con intensa repugnancia.

— ¿Qué debemos hacer, Jason? —inquirió Gkomoh, preocupado.

—Podríamos destruir estos cuerpos en el destructor de basuras de a bordo —dijo—. Pero después de oír al reverendo Asquith, no permitiré que esos cadáveres nauseabundos penetren en la astronave. Sandra debe disponer de algún líquido inflamable. Jean, Igor: subid a por algunas herramientas para alejar y amontonar esos cuerpos. Los rociaremos con el líquido que nos traiga Sandra y los quemaremos. Creo que es la mejor solución.

Igor y Jean volvieron poco después con unos elementales rastrillos metálicos, sirviéndose de los cuales retiraron los cuerpos de los insectos a cierta distancia. Una vez amontonados, fue el propio Jason quien los roció con alcohol y les prendió fuego con un encendedor eléctrico.

Cuando las llamas prendieron en los negruzcos cuerpos, se elevó en el aire una columna de humo maloliente que obligó a todos a retirarse, asqueados. Todos menos Jason, que del montón sólo quedaron pavesas que la brisa disgregó poco después.

La impresión desagradable que dejó en todos el descubrimiento de aquellos monstruosos insectos fue la causa de que Jason no se decidiese a organizar una segunda salida de exploración. No es que no pudiera dominar el miedo y la repugnancia: sencillamente, sabía qué no era aconsejable arriesgarse bajo los efectos de aquella penosa impresión.

—No hay que preocuparse en exceso —dijo a sus camaradas, cuando regresaban al sólido refugio de la astronave—. Razonablemente, no puede temerse que abunden esos bichos en Hopeland, pues de ser así hubiéramos visto algunos de ellos en nuestra salida de ayer. Y como parece demostrado que fue el resplandor eléctrico lo que los atrajo, evitaremos que vuelvan revisando cada día, al anochecer, el fuselaje del *Flyinglab.* Es fácil descargar los núcleos de electricidad estática: bastará con que Eve Landon instale una toma a tierra de la suficiente potencia.

* * *

Al atardecer, Rita García le hizo venir a la central de telecomunicaciones.

Una ojeada al exótico rostro de la joven advirtió a Jason que Rita se sentía preocupada.

— ¿De qué se trata? —preguntó el hombre.

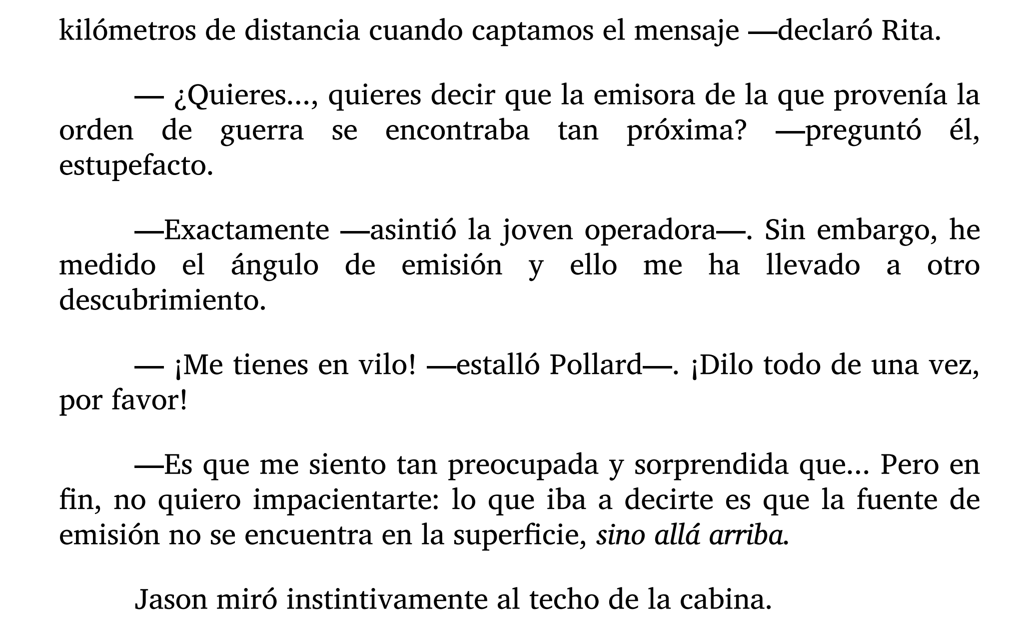
—Es... algo relacionado con el mensaje que accidentalmente captamos anoche —confesó ella, nerviosa.

—Bien, ¡explícate!

—La sorpresa me impidió grabar el primer mensaje, pero pude reaccionar a tiempo cuando comenzó a oírse el segundo. Durante las últimas horas, he estado pensando en cuanto hablamos ayer, Jason. De pronto comprendí que la grabación, sometida al análisis magnético y a varias complejas mediciones electrónicas, podría resolver algunas de nuestras dudas. Y he descubierto algo que me ha dejado perpleja.

— ¿Qué?

—La fuente de emisión en onda corta se hallaba a cuatrocientos



kilómetros de distancia cuando captamos el mensaje —declaró Rita.

— ¿Quieres..., quieres decir que la emisora de la que provenía la orden de guerra se encontraba tan próxima? —preguntó él, estupefacto.

—Exactamente —asintió la joven operadora—. Sin embargo, he medido el ángulo de emisión y ello me ha llevado a otro descubrimiento.

— ¡Me tienes en vilo! —estalló Pollard—. ¡Dilo todo de una vez, por favor!

—Es que me siento tan preocupada y sorprendida que... Pero en fin, no quiero impacientarte: lo que iba a decirte es que la fuente de emisión no se encuentra en la superficie, *sino allá arriba.*

Jason miró instintivamente al techo de la cabina.

—Cuatrocientos kilómetros por encima de nuestras cabezas —silabeó, pensativo—Es decir: emitían desde una astronave, a la misma altura, aproximadamente, desde la cual McLean, Brooks y Robinson hicieron, tiempo atrás, sus observaciones, en órbita alrededor de Hopeland.

— ¡Sí! —afirmó Rita, excitada—. Mis cálculos son escrupulosos. He procesado los datos docenas de veces, tan incrédula me sentía... Pero los ordenadores electrónicos no comenten errores. La respuesta es exacta.

Jason se dejó caer en el asiento giratorio de la operadora.

Al cabo, alzó el atormentado rostro y murmuró:

—Eso significa que el peligro existe, ¡es real! Hay una amenaza en el aire, no cabe duda —su mano derecha pasó .sobre la sudorosa frente.

Luego miró a Rita, consultándole con la mirada.

— ¿Qué piensas tú? —inquirió.

Un rictus de angustia pasó por las bonitas facciones de la operadora.

—No sé qué decirte —respondió en un susurro desesperado.

CAPITULO VI

Fueron cuatro días de intensa angustia.

Jason había comunicado con el Consejo Superior de Outtown. Había informado estrictamente acerca de las escuchas radiofónicas. De hecho, sometía el asunto a los ancianos y esperaba su decisión.

No tardó en llegar, de labios del venerable Nicolás Velin.

—Sabéis que en Outtown nadie ordena a nadie. Ninguna persona impone su voluntad a otra. Obedecemos, mediante la convicción, a los individuos que consideramos más experimentados y prestigiosos... Así pues, lo que voy a deciros no es una orden, sino una indicación paternal: suspended las exploraciones inmediatamente. Procederéis al enmascaramiento de vuestra astronave mediante ultraemisiones magnéticas. Todos estáis adiestrados para menesteres semejantes, pero Betty Fishers es la persona más experimentada en ese campo.

—Seguiremos las instrucciones —afirmó Jason, convencido—. ¿Y después...?

—El Consejo estudiará la grabación de ese mensaje. Volveremos a llamaros en cuanto tengamos una respuesta concreta para vosotros.

Terminada la comunicación, Jason comprendió que había llegado el momento de informar detalladamente a sus camaradas. Los reunió, pues, y les habló claramente acerca del segundo mensaje que

Rita y él habían captado a través de la radio.

—No voy a negaros que me siento un tanto alarmado. El Consejo ha dispuesto que suspendamos las salidas de nuestra astronave hasta que los ancianos estudien el asunto y decidan sobre nuestra conducta futura —dijo.

La reunión se disolvió pronto y cada cual se alejó hacia su departamento sin hacer comentarios. Pero las expresiones eran sombrías: todos sentían a flor de piel la amenaza que parecía desprenderse del segundo mensaje captado a través de las ondas.

A Jason le extrañó que Sandra abandonase la sala de reuniones sin dirigirle una sola mirada. En otras circunstancias, ella habría corrido hacia él para animarle y confortarle. ¿Qué estaba sucediendo, entonces?

Confuso y entristecido, se reunió con Rita en la sala de telecomunicaciones.

—Vamos a mantener conectados todos los canales de comunicación —indicó—. La verdad es que, aunque me produce inquietud, me siento ansioso por captar una nueva comunicación de esa fuente de emisión desconocida. Avísame, pues, cuando vayas a descansar. Yo te relevaré aquí.

Volvió a su cabina, se tumbó sobre el lecho y pensó en Sandra. Se preguntó a qué se debería el ostensible desvío de la bella doctora. ¿La había molestado con algún comentario, con alguna expresión indiscreta? Trató de recordar, pero no halló motivo para la actitud de Sandra.

Transcurrieron cuatro jornadas antes de que Nicolás Velin volviera a comunicar con ellos.

Fueron días tensos, en los que todos se miraban de reojo y cambiaban escasas palabras entre ellos. Los expedicionarios se mostraban herméticos, reconcentrados… Hubo incluso algunos ramalazos de malhumor, provocados por cuestiones nimias.

Rita y Jason pasaban las horas muertas en la cabina de telecomunicaciones, esperando inútilmente escuchar aquel misterioso «bip- bip» que solía preceder a los mensajes enigmáticos que anunciaban muerte y destrucción.

En aquellas horas, llenas de tensa angustia, Jason se había hecho

infinidad de preguntas que no tenían respuesta. Preguntas relacionadas con la Comunidad de Outtown, con el misterioso y cerrado Consejo de Ancianos, sobre sus propios orígenes.

Nunca llegó a conocer a sus padres, ni tenía noticias de que alguna vez hubiera tenido hermanos o hermanas, ni parientes más o menos próximos. Se preguntó si los demás estarían en su mismo caso... Y repasando cuanto sabía acerca de sus once camaradas, recordó, con estupor, que ni uno solo de las expediciones del *Flyinglab* contaba con familiares vivos.

Hizo otro descubrimiento que le dejó pasmado: la expedición estaba compuesta justamente *por seis hombres y seis mujeres.* Es decir, formaban seis parejas justas.

¿Por qué? La respuesta era clara: los ancianos habían tenido en cuenta la posibilidad de que los expedicionarios se vieran obligados a vivir, solos, en Hopeland por el resto de sus vidas. Y en consecuencia, habían previsto que pudieran procrear y engendrar nuevos seres.

Aunque éstas eran razones justas y lógicas, el descubrimiento de aquel dato no dejó de causarle cierta sorpresa.

Por fin, mientras dormía, una tarde vino a despertarle Rita.

— ¡Comunicación desde Outtown! —anunció.

Corrió en pos de Rita a la cabina de telecomunicaciones. El rostro sereno de Nicolás Velin le dio la bienvenida desde la pantalla de televisión.

—Buenas noticias, amigos míos. Me complace anunciaros que vuestros temores son infundados —se oyó su grave voz con toda claridad.

—No comprendo, señor. ¿Qué significan sus palabras? —preguntó Jason.

—Que esos mensajes que captasteis no encierran ninguna amenaza. Son, sencillamente, un recuerdo del pasado —afirmó Velin.

Confuso, Jason reflexionó sobre lo que acababa de escuchar.

— ¡Un recuerdo del pasado! —exclamó, asombrado—. ¿De algo que sucedió hace mucho tiempo?

—Exactamente. Digamos que viene a ser un eco… No puedo deciros nada más, pues no dispongo de una información más explícita. Sin embargo, estad tranquilos. El Consejo Superior quiere haceros comprender la seguridad de que esos «ecos» no entrañan el menor peligro para vosotros. Así pues, podéis recomenzar la exploración de Hopeland. Os deseo buena suerte de todo corazón.

La imagen se esfumó y Jason quedó pensativo.

Sin embargo, a la mañana siguiente dispuso que se armara un nuevo autooruga y nombró a nueve de sus camaradas para participar en la segunda exploración. Satali y Glen Henry, el meteorólogo, quedarían a bordo del *Flyinglab* como retén de seguridad.

Se había decidido a utilizar dos vehículos después de la desagradable experiencia de la exploración anterior. Con los dos autoorugas la autonomía del grupo estaría asegurada.

Se pusieron en marcha una radiante mañana. La temperatura era fresca, pero según habían dicho Glen Henry, aumentaría considerablemente hacia el mediodía.

En lugar de dirigirse al Norte, el pequeño convoy marcho hacia el Este.

En cuanto penetraron en la floresta, descubrieron numerosos animales que les dejaron pasmados de asombro y admiración: mamíferos de diversas especies y tamaños, aves de plumaje multicolor, sorprendentes reptiles alargados que colgaban perezosamente de los árboles o se deslizaban silenciosos en la umbría floresta.

Jason conducía uno de los vehículos. Junto a él estaba Jean Gkomoh, Barkiev, María Arantes y Rita García, que filmaba, alborozada, cuanto aparecía al alcance de sus cámaras.

Sandra Werzinska, por alguna extraña razón, había preferido viajar en el vehículo que conducía Charlie McLean. Cuando lo advirtió, minutos antes de partir, Jason se sintió mordido por los celos, pero al fin olvidó el asunto para concentrar su atención en la exploración.

Los autoorugas escalaban despacio una colina arbolada. Descendieron y contemplaron un panorama incomparable: una dilatada pradera se extendía hasta el confín del horizonte. Hacia el Sur, se divisaban, lejanos, los elevadísimos picachos de una montaña

azulada.

Se abrieron paso a través de unos arbustos y, de improviso, descubrieron centenares de cuadrúpedos que pastaban en la pradera. Se trataba de una verdadera manada de atractivos animales de pelaje rayado, panzudas siluetas y airosas grupas, que agitaban constantemente las colas con un movimiento rítmico y grotesco que hizo sonreír a los expedicionarios. Sus crías se desplazaban siempre al compás de sus padres y, a veces, partían en un corto galope lanzando coces al aire y describiendo mil retozonas corvetas.

Los conductores habían detenido sus vehículos instintivamente, absortos en la contemplación de aquella inesperada maravilla.

— ¿Serán... peligrosos? —preguntó María Arantes, temerosa.

— ¡En absoluto! —exclamó Jean Gkomoh inmediatamente. Y cuando todos se volvieron a mirarle, Jean calló bruscamente.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Jason, intrigado—. ¿Has visto alguna vez a estos animales...?

Jean negó, conturbado.

—No —respondió secamente.

Un momento después, Jason bajó de su autooruga, avanzó unos pasos y tronchó una rama con sus pies.

Simultáneamente, centenares de cabezas se alzaron nerviosamente y le observaron. Un segundo después, la manada entera partía al galope en dirección opuesta, asustada. Los cascos de las bestias produjeron un rumor potente, semejante a un trueno. En dos minutos, la manada se convirtió en una mancha amarillenta que dejaba en pos de sí una considerable polvareda.

Jason volvió al automóvil, pensativo. Miró fijamente a Gkomoh y dijo:

—Es curioso. Tú sabías que esos animales eran inofensivos, como acabamos de comprobar prácticamente. ¿Cómo pudiste saberlo?

Jean se agitó, nervioso.

— ¡De veras, no lo sé! —respondió. Buscó las palabras precisas para expresar sus sentimientos y dijo, vacilante—: Supongo que fue

algo así como... una intuición.

En la lejanía descubrieron a unos raros animales de larguísimas patas, corto cuerpo y dilatado cuello, que ramoneaban los brotes verdes de las más altas ramas, situadas por encima de los cinco metros.

Pero cuando los vehículos se aproximaron a ellos, los extravagantes animales huyeron grotescamente, balanceando sus cabezas al extremo de los larguísimos cuellos.

En adelante, los pastos se espesaron y los árboles escasearon. El aire olía a humedad y de entre las altas hierbas surgieron enormes paquidermos semejantes a cerdos que, nada más presentirles, iniciaron un pesado trote y desaparecieron.

—No todos los animales son hostiles y acometedores —observó, satisfecha, Rita—. La mayoría de los que hemos visto hoy, huyen en cuanto nos divisan.

Tal descubrimiento les tranquilizó. Quizá el encuentro con aquella bestia cornuda no había sido sino un incidente anormal.

A poco, se encontraron a orillas de una corriente de agua. Los ardores solares debían haber menguado mucho su caudal, pues podían contemplarse enormes lagunas desecadas, cuyo fondo legamoso aparecía agrietado.

Una bandada de aves se elevó de improviso y el cielo se tiñó de un bello tono rosado.

— ¡Es fascinante! —exclamó María, atónita.

—Sí —respondió Jason, admirado—. Un mundo lleno de color y de diversidad... ¡tan distinto de nuestro sombrío Outtown!

El río era poco profundo —podía verse el fondo en un regato— y decidieron atravesarlo. Los autoorugas cruzaron fácilmente el curso y se alejaron pradera adelante. A su paso, bandadas de hermosas aves de distintas especies elevaban su vuelo, planeaban, y volvían a posarse al ver que los vehículos se alejaban.

Pronto penetraron en un bosquecillo poco espeso, pero muy frondoso y acogedor.

Jason detuvo su vehículo y McLean hizo otro tanto. La

temperatura se había elevado mucho y todos estaban sudorosos y sedientos. Bebieron, pues, y cambiaron excitados comentarios acerca de cuanto habían visto a lo largo del trayecto.

Todos se sentían alegres y satisfechos. De pronto, ante el pasmo colectivo, Jean Gkomoh empezó a bailar y a cantar. Su voz era grave, potente y sincopada, y sus movimientos, rápidos y rítmicos. Había en su danza una mezcla de primitivismo y de armonía, que sorprendió a todos agradablemente. Durante varios minutos, Jean bailó y bailó, ausente de todo lo que no fuera aquella especie de rito al que se había entregado.

Finalmente, cayó, exhausto y sudoroso y todos le rodearon, jubilosos.

— ¡Jean! —exclamó Betty Fishers—. ¡Me has sorprendido! ¡Nunca pude imaginar que fueras tan magnífico bailarín…! ¿Dónde aprendiste esa insólita manera de danzar?

Gkomoh parpadeó, confuso.

—No lo sé. En realidad… ¡nunca he bailado! —exclamó. Y él mismo se sorprendió de sus palabras—. Fue… ¡como un mandato interior! Como si oyese en mi cerebro una voz que me ordenase « ¡baila!»…

Creyendo que bromeaba, todos rieron, alborozados.

Luego, en el silencio que siguió, resonó aquel lejano rumor acompasado.

Prestaron súbita atención, aguzaron los oídos, un tamo alarmados.

El rumor fue creciendo de volumen y ritmo paulatinamente, hasta alcanzar una secuencia impresionantemente rápida.

— ¿Qué es eso? —preguntó Sandra, temerosa.

Nadie respondió. Pero Jean Gkomoh, que escuchaba el sonoro «tang-tang» con atención concentrada y casi mística, se puso en marcha de repente a través de la vegetación.

— ¡Jean! —le gritó Jason— ¡Vuelve!

Pero Gkomoh siguió, impertérrito, su marcha. De nada sirvió

que Jason gritase y gritase: un momento después Jean había desaparecido entre los árboles.

CAPITULO VII

— ¡Ha debido volverse loco! —exclamó Betty, preocupada.

— ¡Es este maldito sol! —se lamentó María, sofocada—. ¡Es capaz de aniquilar a cualquiera!

Transcurrieron unos minutos. Todos se sentían desorientados ante la insólita reacción de Jean Gkomoh.

Al fin, Jason se decidió.

—Es preciso ir a buscarle. Necesita de nuestros cuidados —dijo.

Se decidió que Igor Barkiev y Satali Naga quedasen vigilando los autoorugas e inmediatamente el grueso de los exploradores avanzaron con grandes precauciones en la dirección que había seguido Jean.

A medida que avanzaba, el ritmo del «tang-tang» se fue tornando más próximo y acuciante. Al otro lado de la barrera vegetal se oían gritos y voces propios de una multitud.

¿Humanos?

Con la lógica inquietud, frenaron el avance y prosiguieron la marcha lentamente.

Jason Pollard y Charlie McLean empuñaban sendos fusiles láser y caminaban atentos a la menor señal de peligro.

Acababa de rodear un grupo de espesos matorrales espinosos, cuando descubrieron a Jean. Gkomoh yacía sobre los yerbajos y atisbaba con gran atención a través de las ramas.

Apenas les prestó atención. Se limitó a dirigirles una fugaz mirada cuando se agacharon junto a él, tras lo cual volvió a concentrar su atención en lo que veía a través de las ramas.

— ¿Qué será lo que mira con tanto interés? —se preguntó Jason.

Llenos de curiosidad, se tendieron sobre el pasto y atisbaron a través de las frondas.

A unos sesenta metros de distancia, se extendía un claro de tierra roja apisonada, rodeado por extrañas construcciones semiesféricas, forradas de barro tan rojo como la tierra del piso.

Unas cien personas se entregaban frenéticamente a una loca danza sincopada, cuyo ritmo iba marcando el incansable «tang-fang».

— ¡Son..., son como Jean! —exclamó Betty, asombrada.

Era cierto.

Eran individuos altos y esbeltos, de piel negra y cabellos cortos y rizados. Como Jean Gkomoh. Como el propio Jean, sus narices eran un tanto achatadas y tenían unos labios muy gruesos.

Pero estos «hombres» iban prácticamente desnudos a excepción de un taparrabos de vistosos flecos multicolores. Las mujeres, situadas a un extremo de la explanada, cantaban y jaleaban rítmicamente. Al igual que los hombres, aparecían desnudas de cintura para arriba y sus bellos senos se estremecían al compás de sus rítmicas canciones.

Jamás habían contemplado los expedicionarios un espectáculo tan apasionante, abigarrado y colorista. Los hombres de piel negra bailaban y evolucionaban a un ritmo infernal, sin demostrar el menor cansancio. Y todo ello bajo los ardientes e insoportables rayos del sol.

Jason dirigió una mirada a sus camaradas. Hombres y mujeres contemplaban la escena con apasionada atención. Vio las aletas de sus narices dilatadas, los labios entreabiertos y advirtió la ansiedad que latía en ellos.

«No estamos solos sobre la superficie de Hopeland», pensó Jason. Y esta seguridad le llenó de alegría y esperanza.

Durante más de una hora, permanecieron silenciosos, contenidas las respiraciones, en la contemplación de las personas que se divertían en la explanada. A veces, algunos de ellos penetraban en las construcciones semiesféricas y volvían con enormes cuencosˆ que colocaban sobre una rústica mesa fabricada con cañas de bambú y de cuyo contenido todos bebían ávidamente.

Luego, de repente, las frondas se agitaron a unos veinte metros de distancia y una linda jovencita de piel negra avanzó tímidamente, dirigió una atenta mirada a su alrededor, y luego, creyendo que nadie la observaba, arrancó unas grandes hojas verdes y formó con ellas un gran círculo sobre el abundante pasto.

— ¿Qué se propondrá hacer? —susurró Rita al oído de Jason Pollard. Pero éste le pidió silencio con un gesto expresivo.

Admirados, vieron cómo la jovencita de piel de ébano se tendía sobre el círculo formado por las enormes hojas y palpaba a su alrededor como si quisiera asegurarse de su elasticidad.

— ¡Se está preparando un lecho…! —exclamó María, en un susurro.

Pero cayó bruscamente cuando las frondas volvieron a agitarse bruscamente por segunda vez para dejar paso a un espigado muchacho negro.

La jovencita se puso en pie de un salto y ante el asombro de los escondidos expedicionarios abrazó al recién llegado y luego ambos frotaron apasionadamente sus narices.

Jason se agitó, muy inquieto. En realidad, se sentía muy incómodo cuando la pareja se tendió sobre el lecho de hojas y comenzaron a acariciarse frenéticamente.

Sofocado, Jason apartó la mirada. Pero no pudo evitar oír las frases que cambiaron los dos jóvenes de piel de ébano.

Pudo entender perfectamente dos palabras: *amor* y *lecho*. ¿Cómo era posible que aquellos primitivos seres conocieran vocablos que formaban parte del idioma de la Comunidad de Outtown…?

María se movió a su izquierda. La joven enfermera se sentía tan

violenta como él. Pero al retroceder —al parecer, trataba de apartarse de allí—, aplastó unas hojas secas que resonaron en el silencio con gran estrépito.

Los jóvenes negros interrumpieron su idilio y se irguieron alarmados.

Jason pasó una mano por encima de los hombros de María y la obligó a permanecer inmóvil, boca abajo.

Al cabo de un instante, los jóvenes que ocupaban el elemental lecho de verdes hojas se tranquilizaron y volvieron a acariciarse. Y allí, en la presencia de los expedicionarios, hicieron frenéticamente el amor.

Algún tiempo después, se alzaron y se alejaron a través de la floresta, riendo y bromeando.

Jason se puso en pie y dijo:

—Volvamos.

Jean se puso a su altura y le siguió, sumiso.

Sin grandes dificultades, llegaron a los automóviles, se acomodaron en los vehículos y emprendieron el regreso a la astronave.

Jason conducía en silencio, con una expresión reconcentrada en sus viriles facciones.

—Fue… fascinante, ¿no te parece, Jason? —comentó Rita, que viajaba a su lado.

Pollard asintió en silencio.

En realidad, se sentía muy violento aún, después de contemplar la apasionada escena de amor entre los dos jóvenes de piel negra.

Recordó que cuando puso su mano sobre la espalda de María Arantes, percibió una ardiente sensación a través de sus propias manos. María le había sonreído, un tanto ansiosa, y Jason había retirado la mano turbado.

No podía negarse a sí mismo que, por un momento, había experimentado intensamente una oleada de deseo. Pero, cosa curiosa, su deseo no iba dirigido a la mujer que había acariciado más que

tocado, María, sino hacia… Sandra Werzinska. Por un segundo, había imaginado que él y Sandra permanecían en aquel lecho de hojas, completamente desnudos, entregados frenéticamente el uno al otro…

Con un esfuerzo de voluntad, trató de alejar tales pensamientos de sí, pero no podía olvidar que la escena de amor le había perturbado.

Por el camino, los camaradas que viajaban con él hicieron encendidos comentarios acerca del pasmoso descubrimiento… ¡Ahora sabían que existían humanos en Hopeland! Si bien, al parecer, todos ellos eran de un acusado color negro.

—Eran como tú, Jean —opinó Betty.

—También se parecían a Rita —dijo María, cuya piel era muy blanca. Pero evidentemente el tono de la epidermis de Rita García era mucho más claro que el de Gkomoh y aquellas criaturas semidesnudas que habían encontrado en el claro del bosque.

Jason varió un tanto el itinerario de retorno. No temía perderse, puesto que disponía de una brújula electrónica de gran precisión, y prefería explorar una zona distinta del dilatado terreno.

Atravesando el río, cruzaron una pradera y rodaron sobre el fondo seco y arenoso de una laguna desecada.

— ¡Mirad! —dijo Rita. Y señaló las vibrantes arenas.

Jason detuvo el vehículo, asombrado.

Contemplaron entonces cómo la arena blanca se ondulaba extrañamente, formando líneas sinuosas que se alejaban, veloces, en sentido opuesto.

Unas insólitas criaturas de cuerpo alargado y cilíndrico, que carecían de extremidades, emergían de la arena y reptaban muy rápidas, componiendo sinuosos rastros que semejaban el efecto del viento sobre la superficie de las aguas.

Jason no pudo evitar una sensación de instintiva repugnancia.

Había centenares, miles de aquellas criaturas. Un auténtico vivero de flagelantes cuerpos que se alejaban vivamente, dejando escapar silbidos desagradables.

— ¡Reverendo! —gritó Pollard, pues el vehículo que conducía McLean se había detenido a su altura, a pocos metros de distancia—. ¿Reconoce a esos horribles animalillos?

Rudolph Asquith asomó la cabeza. Por primera vez desde que Jason le conocía, el clérigo sonrió, divertido.

— ¡Son reptiles, Jason! —gritó—. Culebras de agua que han quedado en seco al desecarse la laguna donde vivían... Necesitan constantemente humedad para vivir. Y bajo las húmedas arenas pueden sobrevivir hasta que el rio vuelva a llenar la laguna. No temáis, son animales inofensivos.

—Inofensivos... ¡pero repelentes! —exclamó Rita, asqueada. Y pidió a Jason que no hiciera avanzar el vehículo hasta que los reptiles se alejaran.

Cuando, al fin, los autoorugas se alejaron hacia las colinas pobladas de matorrales verdinegros, el firmamento se había cubierto de grises nubarrones.

Sucedió que cuando alcanzaban el borde del dilatado arenal, quedaron aterrados... pues *el Flyinglad había desaparecido.*

María Arantes dejó escapar una exclamación de espanto. También Jason, a su pesar, advirtió que un escalofrío de terror le sacudía de pies a cabeza... antes de que la brisa soplase desde el Norte y despejase la tormenta de arena que flotaba sobre aquella zona desértica. Un momento después, veían reaparecer la silueta brillante del Flyinglab entre las tolvaneras de polvo amarillento elevadas por el siento y todos respiraron, aliviados.

Asistieron entonces a un fenómeno sin igual. Entre las nubes brilló una línea cegadora de luz cárdena e inmediatamente restalló una violenta detonación que impresionó, fragorosa, sus oídos.

Jamás habían asistido a fenómenos parecidos en Outtown, por lo que el pánico se apoderó de ellos.

Los vehículos se habían detenido allí donde la vegetación se tornaba rala y mísera y todos se apiñaban entre sí, mudos de espanto.

¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Brillaría de nuevo aquella espantosa exhalación en el firmamento, resonarían nuevas horrísonas explosiones... tal vez se desgarrarían los senos de Hopeland para vomitar muerte y abominación?

No ocurrió nada parecido, pero en aquel momento oyeron un medroso repiqueteo sobre el techo del vehículo. Rita corrió la portezuela, sacó una mano y chilló de sorpresa al comprobar que la tenía... ¡mojada!

— ¡Agua! —exclamó—. ¡Es agua y... está cayendo del cielo!

La luz diurna habíase extinguido casi por completo. Se diría que se aproximaba la noche. Y, sin embargo, no eran más que las doce del mediodía.

Las oscuras nubes vaciaban sus vientres henchidos de humedad y en seguida se puso a llover torrencialmente.

Al empapar las ardientes arenas, el agua se transformó bruscamente en vapor, de forma que los contornos del arenal quedaron cubiertos de largos velos de bruma... ¡Y la alargada silueta del Flyinglab tornó a desaparecer a la vista de los expedicionarios!

Más alarmado de lo que transparentaba su expresión, Jason manipuló en el intercomunicador que colgaba de su cuello y se comunicó con Glen Henry, que, con Satali, formaba parte del retén de vigilancia a bordo de la astronave.

— ¿Qué está sucediendo, Glen? —Preguntó con voz vibrante, en cuanto se produjo la comunicación—. El Flyinglab ha desaparecido a nuestra vista y están sucediendo hechos inauditos... ¡Vimos una luz fulminante y luego se produjo una explosión larga y ensordecedora, el aire huele a ozono y... caen cataratas de agua de las alturas!

La respuesta de Glen no tardó en llegar. Sus palabras tenían un tono levemente irónico;

—Son fenómenos meteorológicos propios de este planeta. Tranquilizaos. No ocurre nada fuera de lo normal. Si no veis la astronave, ello se debe simplemente a la bruma, es decir al vapor de agua que flota a baja altura. En cuanto a los rayos, tanto el Flyinglab como nuestros vehículos, están protegidos contra las descargas eléctricas —explicó Glen, pacientemente—. Así pues, podéis acercaros tranquilamente a la astronave.

Agregó que la lluvia era beneficiosa y regulaba la cantidad precisa de humedad atmosférica y el caudal de los ríos y los lagos.

—Lo que está ocurriendo ahora se llama, pues, *lluvia.* En las regiones más frías, las gotas de agua se hielan al caer y entonces se

llaman *nieve* o bien *granizo*.

— ¡Lluvia! —exclamó Jean, admirado.

—Posiblemente, algunas zonas, las más bajas, se inundarán. Pero el Flyinglab está a salvo, pues el piso arenoso de este llano, filtrará el agua y mantendrá el suelo compacto y seguro —añadió el meteorólogo.

Sin embargo, y a pesar de las seguridades de Glen, todavía permanecieron largo rato inmóviles, contemplando, absortos, el admirable fenómeno.

Glen Henry había dicho la verdad. Media hora después, la temperatura había refrescado mucho, aunque seguía lloviendo de forma torrencial. El horizonte, dilatado por lo normal, había desaparecido. En realidad, apenas podían ver más allá de unos setenta metros de distancia.

Al cabo, Jason puso en marcha el autooruga y Charlie Mclean hizo otro tanto. Los vehículos se hundieron unos centímetros en arena mojada, pero las cadenas se afianzaron con fuerza al suelo y los vehículos avanzaron más velozmente si cabe.

Cuando se aproximaron, vieron emerger la airosa silueta metálica del Flyinglab entre la bruma. Y respiraron más profundamente, aliviados.

Satali y Glen Henry habían tendido la rampa y les esperaban arriba.

Bajaron de los vehículos y todos se abrazaron, alborozados.

El temor había desaparecido ya. Habían asistido a un espectáculo inédito, maravilloso. Y estaban seguros de que el magnífico Hopeland seguiría ofreciéndoles maravillas sin par.

Pero Jason se sintió desgraciado al ver que Sandra Werzinska se colgaba alegremente del brazo del corpulento Charles McLean.

CAPITULO VIII

Glen Henry había instruido a Jason y a McLean en el arte de la Cartografía. Explorada con éxito y sin incidentes, un área de cuarenta kilómetros de diámetro, sus descubrimientos debían quedar reseñados fielmente sobre mapas que les permitieran desplazarse fácilmente utilizando referencias exactas.

Así pues, durante la época de las lluvias —que duró dos largas semanas—, todo el equipo se dedicó febrilmente a tareas de recopilación de datos. Betty Fishers realizó análisis biológicos, aisló microespecímenes, llevó a cabo experimentos de laboratorio... auxiliada por Sandra Werzinska y María Arantes. Rudolph Asquith ponía en orden sus estudios sobre Botánica y Zoología, Evan Landon trabajaba en los planos para construir tres nuevos tipos de vehículos náuticos y aéreos, auxiliada por la eficaz Rita García; Jean Gkomoh y Satali Naga depuraban sus sistemas de seguridad; Igor Barkiev les había aprovisionado de enormes cantidades de purísima agua de lluvia; Glen Henry realizaba observaciones *in situ* de los fenómenos atmosféricos y meteorológicos y, como hemos dicho, McLean y Pollard levantaban mapas de la zona explorada.

Frecuentemente se hacía mención del poblado situado al otro lado del río. En realidad, todos se sentían obsesionados por volver a aquel lugar y observar de nuevos a las criaturas de epidermis oscura.

Como Satali Naga y Glen Henry no habían tenido ocasión de observar al clan negro, Jason cedió a sus frecuentes ruegos y decidió organizar la tercera exploración.

Como Glen había sido informado de la existencia de un rio, mencionó la posibilidad de que aquella corriente de agua hubiera crecido mucho con la dilatada temporada de lluvias y aconsejó que los autoorugas fueran dotados de largos flotadores semirrígidos que permitieran a los vehículos atravesar el río. De ello se ocupó Eve Landon, que poseía una gran capacidad para armar toda clase de

artilugios.

Al fin, la expedición estuvo dispuesta. Cuando bajaron al arenal, advirtieron que el suelo se había cubierto rápidamente de una corta vegetación que hacia verdear el llano. Pero las nubes se habían alejado y el sol brillaba con tanta intensidad que cegaba.

Adaptados los flotadores a los costados de los autoorugas, se emprendió la marcha hacia el Este.

Como retén de vigilancia, habían quedado a bordo de la astronave Charlie McLean y Sandra Werzinska. (Jason hubiera preferido que Sandra formase parte de la expedición, pero la doctora adujo que padecía una jaqueca y Pollard no pudo oponerse a que ella montase la guardia en compañía de McLean.)

En todo lo que abarcaba la vista, se había producido una asombrosa eclosión vegetal. Los pastos resecos verdeaban por doquier y los árboles y arbustos mostraban brotes y hojas nuevas, de color esmeraldino.

Apenas remontadas las colinas, escucharon un rumor próximo y desconocido. Superada la vegetación que estorbaba la vista, quedaron llenos de estupor al comprobar que las pequeñas lagunas y el estrecho cauce del río se habían convertido en una anchísima superficie líquida y turbulenta de color rojizo que recordaba la sangre. La anchura del río, en aquellos momentos, no sería inferior a los mil metros.

La corriente arrastraba árboles desgajados de cuajo, pasto y ramas en grandes concentraciones flotantes que se alejaban lentamente. En algunos lugares, las aguas chocaban contra el fondo rocoso y se deshacían en vistosas oleadas de espuma.

Por unos minutos, todos contemplaron silenciosos y llenos de temor la furia desatada de las aguas.

—Tal vez sea demasiado arriesgado penetrar en esa vorágine turbulenta —pensó Jason, prudente.

Observaron el río durante largo rato. Glen comentó que debían dejarse hacia el Sur, bordeando la orilla, pues hacia abajo el cauce e hacía más ancho y las aguas discurrían más lentas y mansas.

Así lo hicieron. Tres o cuatro kilómetros aguas abajo, hallaron una pendiente suave, apta para que los vehículos penetrasen en el rio. Eve Landon, previsora, había dotado a los autoorugas de grandes

hélices que permitirían su desplazamiento a través de las aguas.

Con las lógicas explicaciones, Jason avanzó despacio hacia la orilla. En seguida, las orugas perdieron contacto con el fondo y el vehículo flotó majestuoso sobre el agua de color rojizo. Al impulso d< la hélice, la improvisada nave se alejó rauda de la orilla, pero Jason detuvo la impulsión hasta comprobar que el segundo vehículo, dirigido por Igor Barkiev, le seguía fácilmente.

Avanzaron entonces despacio, dejando una estela sobre las aguas calmosas. Debían tener buen cuidado en evitar los encontronazo; con los enormes troncos semisumergidos. Pero las dos «naves» llega ron a la mitad del río sin incidentes desagradables.

Rita lanzó un gritito, mezcla de sorpresa y de espanto.

Siguiendo la dirección de su brazo extendido, pudieron ver que unos pocos metros de distancia, unos grandes ojos les espiaban des de la superficie.

Un segundo después, una gran masa gris se agitaba entre las agua y se alejaba, resoplando.

A unos cuarenta metros de allí, el corpulento animal se reunió con la manada que chapoteaba, bufaba y se agitaba levantando enormes ondas concéntricas.

— ¡Paquidermos! —exclamó Jason, recordando a los colosales inofensivos animales que habían visto entre el follaje durante la segunda exploración.

Prudentemente, apartó el autooruga flotante de aquel lugar y Barkiev le imitó.

En varias ocasiones escucharon el crujido provocado por el choque de algún cuerpo duro contra los flotadores. Imaginando que serían maderas que flotaban a la deriva, Rita se inclinó en cierto ocasión para apartar uno de ellos, que tenía al alcance de la mane

Pero el rígido leño se *dobló* inesperadamente, una cola erizad batió furiosamente las aguas y una terrible boca armada de docena de colmillos se cerró muy cerca de la mano de la mujer con u chasquido impresionante.

Rita exhaló un chillido, retiró la mano y se abrazó a Jason temblorosa.

— Era un… un monstruo…, un monstruo horrible y repelente —gimió—. ¡Y yo, estúpida de mí, creí que se trataba de un tronco…!

Distraído, Jason no pudo advertir que, delante de la nave, las aguas giraban tumultuosamente.

Un momento después, el autooruga giraba en mitad de un potente torbellino, perdido el control de su marcha.

El vehículo que gobernaba Igor Barkiev golpeó al que conducía Jason. Y luego los dos cuerpos flotantes giraban en mitad del remolino violentamente, golpeándose entre sí, en medio de espantosos crujidos y vaivenes de salvaje Ímpetu.

En cuanto pudo hacerse cargo de la situación, Jason detuvo la hélice posterior, temeroso de destrozar la parte anterior del vehículo de Igor Barkiev. Sin embargó, para entonces, los soportes metálicos de los flotadores de ambas naves se habían trabado entre sí y formaban un solo cuerpo, que seguía girando frenéticamente en el núcleo del torbellino líquido.

Al fin, la propia fuerza de las tumultuosas aguas despidió del centro del remolino a los enredados vehículos, que poco después flotaban en dirección a la orilla que trataban de alcanzar.

— ¿Qué podemos hacer? —gritó Igor, asomando medio cuerpo fuera de su vehículo.

—Yo me ocuparé de eso —se ofreció Rita, animosa—. ¡Sé cómo hacerlo!

Antes de que Jason pudiera impedirlo, la joven se había incorporado y caminaba, tambaleándose, sobre el flotador sujeto al costado derecho.

Temerariamente, hizo balancear con su peso las dos naves y manipuló hasta que, por fin, los soportes de aluminio se soltaron y los dos vehículos flotaron libremente.

Sólo que… en el último momento, la embarcación sobre la que ella se hallaba, bandeó violentamente, Rita trató de conservar el equilibrio, manoteando con vigor, pero finalmente cayó al agua.

Jason, pendiente de la maniobra, asistió al incidente.

Y se demudó.

— ¿Cómo reaccionar en un caso así? Los animales saben nadar, pero nosotros... no hemos sido entrenados para mantenernos sobre las aguas.

Rita se hundió y desapareció en breves instantes.

No lo pensó. ¡Hazte cargo del vehículo! —gritó a Jean. Y se incorporó, salió al exterior y caminó hacia la popa.

El vehículo de Barkiev se había alejado unos cincuenta metros, impulsado por la corriente. No podía contar, pues, con su ayuda.

Angustiado, Jason escrutaba las aguas, ansioso por ver emerger a Rita. Y al fin la vio: la joven se debatía, impotente, entre las sucias aguas. Gritó algo que Jason no pudo entender y volvió a hundirse con un gorgoteo espeluznante.

Pero Jason sabía ya dónde se encontraba ella. Por eso se libró a manotazos de sus vestidos y saltó frenéticamente hacia el lugar donde la había visto desaparecer.

Al emerger, Jason se golpeó ferozmente contra algún objeto contundente. Por un momento, manoteó atontado, semiinconsciente. Pero sus manos se aferraron a algo que flotaba y desesperadamente siguió unido a aquel objeto, que no era otra cosa que un delgado y largo tronco flotante.

Un momento más tarde vio emerger una cabeza. La aferró y tiró de ella brutalmente.

Sacó la cabeza de Rita al aire libre y le gritó:

- ¡Respira, respira!

Y ella arrojó una bocanada de agua y respiró, jadeante y angustiada.

Por desgracia, se habían alejado excesivamente del vehículo, que flotaba a unos sesenta metros de distancia, agua abajo.

Comenzó a gritar, pidiendo auxilio, pero Jean había puesto en j marcha la hélice de su vehículo flotante y viraba, alejándose excesivamente, pues las cabezas de los náufragos apenas emergían unos centímetros del agua.

A pesar de estar firmemente agarrada al tronco, Rita apenas

podía mantenerse a flote.

— ¡Es mi traje! —gritó—. ¡Se ha… llenado de agua!

— ¡Deshazte de él! —le respondió Jason.

Con toda decisión, la ayudó a despojarse de sus impermeables» ropas, que se hundieron en seguida en las profundas aguas.

Vio los redondos y prietos senos de la mujer y se sintió turbado. Inmediatamente apartó la vista y dijo a Rita:

—Procura hinchar los pulmones y situarte horizontalmente, sujeta con las manos al madero y trata de mover los pies en compás. ¡Vamos!

El árbol se desplazó lentamente hacia la orilla, distante unos trescientos metros. Pero poco después dejaban de impulsarse hacia allí: acababan de divisar una manada de paquidermos en las fangosas aguas de la orilla.

Entonces gritaron desesperadamente hasta enronquecer. Al principio, no debieron oírles, pues el vehículo que gobernaba Igor seguía remontando la corriente, buscándoles, sin duda.

Al fin, cuando ya no podían gritar más, la nave viró y lentamente se aproximó a su encuentro y les recogió.

Jason admiró el maravilloso cuerpo desnudo de Rita García. Tragó saliva y se izó con dificultad a bordo.

Jean Gkomoh les ofreció ropa seca.

CAPITULO IX

Estuvieron observando el poblado hasta que los rigores del mediodía les obligaron a guarecerse en la espesura para reparar sus fuerzas.

Comieron y bebieron en silencio. Luego Rita recogió su material fotográfico y lo guardó en una bolsa, tras lo cual se alejó.

Al cabo, volvió junto a él.

—Ven —le dijo—. He preparado un rudimentario lecho entre los arbustos.

Pero Jason permaneció aún junto a su observatorio con los prismáticos de largo alcance en la mano.

Le apasionaban las costumbres de los seres de aquel poblado en mitad de la selva. Les había visto pescar con habilidad increíble, valiéndose apenas de un dardo de madera endurecida. Recogían frutos abundantes y reparaban sus rudimentarias armas y enseres, trenzaban con rapidez objetos de palma y mimbre, reparaban sus chozas de barro, molían cereales sobre cóncavas piedras situadas a la entrada de sus viviendas...

Naturalmente, por primitivos y elementales que fueran aquellas criaturas, era evidente que no sólo pensaban en fiestas y en orgías. Sabían cuidarse sin gran esfuerzo de su supervivencia, de los niños pequeños, de los ancianos e incluso de los animales domésticos —cabras— que cuidaban en un abundante rebaño.

Al fin, guardó los prismáticos, se puso en pie y fue a echar una ojeada a los vehículos.

Al pie de los matorrales, María y Glen Henry reían y bromeaban entre sí.

Jason rodeó el tronco de un árbol del que colgaban multitud de plantas parásitas y se detuvo al escuchar un jadeo sospechoso.

Temiendo que se tratase de algún animal salvaje, rodeó el macizo vegetal paso a paso, apartó las frondas y... sorprendió a Jean

Gkomoh y a Betty Fishers tumbados. Estaban desnudos y se prodigaban besos y caricias apasionadas, ajenos a todo lo que no fueran ellos mismos y su frenética y mutua atracción.

Turbado, Jason retrocedió con el mismo sigilo0nr que había llegado.

— ¿Y los demás? —se preguntó—. ¿Dónde estarán…, qué harán los demás?

Era evidente que aprovechaban bien las horas de la canícula, pues no había nadie a la vista.

Jason sonrió, comprensivo.

¿Qué podía esperarse de personas jóvenes y saludables? Hasta entonces habían estado excesivamente ocupados en sus funciones de exploración y en las tareas técnicas de a bordo. Pero ahora… Acababan de descubrir el paraíso. En medio de una vegetación lujuriante, con cuarenta grados a la sombra y el recuerdo obsesionante de la escena de amor entre la pareja de negros…

Al fin y al cabo, los componentes de la misión no eran sólo cerebros que funcionaban veinticuatro horas del día. Una persona tiene también otras necesidades físicas, sin contar con los sentimientos.

En el fondo, también Jason había comprobado en sí mismo la exaltación de sus sentidos. Noche a noche, soñaba con Sandra, la ansiaba, la deseaba, la hubiese cubierto de caricias y de besos. Pero ella, inexplicablemente, se había ido distanciando jornada a jornada.

—Y lo peor es que cuanto más se aleja de mí, más se acerca a McLean —pensó, entristecido.

De repente, Rita surgió ante él.

Sus labios, húmedos, estaban entreabiertos, llenos de ansiedad. Sus senos, adivinables bajo la fina tela de la túnica que vestía, se linchaban, al compás de la rápida respiración.

—Ven —susurró.

Pero él permaneció inmóvil.

Entonces llegó ella y le abrazó turbadoramente.

—No voy a seguir callando, Jason. ¡Te deseo apasionadamente! Te lo ruego, ven conmigo —dijo a su oído—. ¿No Ves que los demás tampoco pueden sustraerse a la llamada de los sentidos?

Pero él, aunque se sentía arder en una fiebre insoportable, no la abrazó. Sus brazos seguían colgando a lo largo del cuerpo, inertes.

Rita se separó, dolorida.

— ¿Es que no te gustó? —preguntó, irguiendo desafiantemente su busto—. Vi el deseo en tus ojos cuando nos rescataron en el río. ¡No mientas, Jason! ¡Tú también me deseas!

El hombre movió la cabeza afirmativamente.

—Es cierto. Te deseo. Pero no puedo tomarte porque... no te amo —respondió, seca la garganta.

Rita dejó escapar una carcajada nerviosa.

— ¡Ah, el sentimentalismo! —se burló—. Si quieres saber la verdad, tampoco yo te amo. Pero ¿qué importa eso?

—A mí *sí* me importa —respondió él.

Y se alejó bruscamente.

Pero las burlonas carcajadas de Rita le persiguieron hasta que se perdió en lo más profundo de la selva.

* * *

Los vehículos se detuvieron bajo el fuselaje del *Flyinglab*.

—Es extraño —dijo Igor—. Ellos deberían saber que estamos aquí.

Sandra y Charlie no estaban esperándoles, como hubiera sido normal.

Jason habían anunciado antes de partir que el convoy volvería a las siete de la tarde. Ahora pasaban unos minutos de esa hora, pero la rampa de acceso no había sido extendida.

Jason frunció el entrecejo, preocupado.

Todo eran complicaciones en aquella jornada. Rita y él habían estado a punto de morir ahogados en el río, luego la joven se había disgustado con él… hasta el punto de pedir permiso para viajar en el otro vehículo. Y ahora…

Envió la orden de apertura a través de su emisor y las planchas del fuselaje se dividieron. La rampa se extendió automáticamente y los autoorugas iniciaron la ascensión hasta el hangar de la bodega.

Luego, cuando hubieron descendido, Rita se alejó veloz y los demás se separaron para cumplir cada cual con sus tareas.

Jason ayudó a Asquith a recoger las cajas donde guardaba sus especímenes animales y vegetales.

Cuando se dirigía a su cabina, Rita le salió al encuentro. Jason empezó a preocuparse al contemplar aquella sonrisa insidiosa en sus bellas facciones.

—Dijiste que no estabas enamorado de mí, ¿no es cierto? —dijo ella, contoneándose provocativamente.

—Por favor, Rita —pidió él—, olvidemos eso. Yo…

—Tú estás enamorado de Sandra. ¡Atrévete a negarlo!

Jason asintió cansadamente.

—Está bien. Es cierto: amo a Sandra —confesó.

Rita entornó los ojos.

—Perfecto. Te desafío a que le hagas una visita en su cabina. Te juró que te sorprenderás tanto como yo —dijo. Y se alejó veloz.

Jason la miró ir.

Luego, bruscamente, se encaminó a toda prisa a la cabina de Sandra Werzinska.

Recorrió despacio los últimos pasos. Con timidez, avanzó y advirtió que la puerta corrediza estaba entreabierta.

Oyó un murmullo apagado y… se precipitó en el interior de la cabina.

Charlie McLean y Sandra ocupaban el amplio lecho circular.

Estaban desnudos por completo, se besaban con frenesí y se movían rítmicamente, exhalando gemidos entre dientes.

Jason tragó saliva y retrocedió.

Pero ellos debieron escuchar sus pasos cuando escapaba, porque desde el pasillo él tuvo tiempo de escuchar el desesperado gemido de Sandra.

— ¡Jason...!

* * *

Aquella misma noche, Jason sorprendió a Rita cuando ella abandonaba la cabina de telecomunicaciones.

Un tanto asustada, ella se detuvo y le miró larga y profundamente.

— ¿Qué sucede?

—Nada —respondió él, un tanto nervioso—. Me aburría y vine a charlar contigo. Pero si piensas retirarte a descansar...

Sagazmente, ella adivinó que algo había cambiado en el interior de Jason Pollard.

—No tengo sueño, pero si quieres acompañarme, charlaremos en mi cabina —invitó.

El la siguió inmediatamente.

En cuanto estuvieron solos, Jason se aproximó a Rita por detrás y acarició sus hombros desnudos.

— ¡Jason! —murmuró ella, estremecida de deseo.

Y se volvió y le besó en los labios profundamente.

Un momento después notaba que los firmes dedos del hombre la desnudaban.

Ebria de excitación, Rita se tendió en el lecho y se rindió apasionadamente a las caricias del hombre.

CAPITULO X

—Me gustaría ser incluida en el vuelo —pidió Sandra, que acababa de acercarse a Jason silenciosa.

El no se volvió a mirarla.

—Había previsto que sólo fuéramos Glen Henry, Betty Fishers, Rita García y yo —respondió él.

—He hablado con Betty —insistió la doctora—. Ella está de acuerdo en que yo ocupé su lugar.

Jason se impacientó.

— ¿Por qué ese capricho? —exclamó, irritado—. Va a ser un vuelo largo, tal vez peligroso… Además, es posible que alguien enferme. Entonces, tú…

—Yo no soy imprescindible aquí —se apresuró ella a afirmar—. María sabrá ocupar mi lugar dignamente.

—Está bien, puesto que Betty rehúsa —él terminó de revisar los planos de la aerodinámica nave y se volvió bruscamente—. Vendrás, si es lo que quieres. De todas formas, aún no alcanzo a comprender tu capricho. Tú sabes que las cosas no van muy bien entre tú y yo…

Ella bajó los ojos. Tenían una expresión triste y nostálgica.

—Precisamente. Quiero tener tiempo para hablar contigo.

—No tenemos nada que hablar. Entre tú y yo hubo una bella amistad, simple camaradería, eso es todo —especificó él, con dureza —. De alguna forma, las cosas se han ido arreglando por sí solas. ¿No los has observado? Se han formado parejas espontáneamente: Betty y Jean, Satali e Igor, Glen Henry y Eve, tú y Charlie...

— ¡Jason, por favor! Yo sé que tú no amas a Rita. Y yo tampoco amo a Charlie —exclamó ella, anhelante.

Jason forzó una sonrisa.

— ¿No amas a Charlie? No fue eso lo que me pareció cuando os sorprendí en el lecho, revoleándoos como dos animales.

De improviso, Sandra le abofeteó.

Era el primer estallido de violencia. Hasta aquel momento de su vida, Jean sólo había visto golpear a una persona con el ánimo de reducirla. Y esto cuando alguien sufría algún tipo de desequilibrio psíquico o emocional.

También él sintió el avasallador deseo de abofetear a Sandra, pero se contuvo.

Sandra se alejó en seguida.

Pero aquella misma tarde se entrevistó con él para pedirle disculpas y rogarle que fuera incluida en el equipo que realizaría el primer vuelo hacia el Norte.

Y Jason transigió. No supo explicarse el motivo, pero aceptó su propuesta.

A la mañana siguiente, Charlie y él probaron los impulsores de la aeronave, que se elevó espectacularmente en sentido vertical, despidiendo furiosos surtidores de arena. A unos trescientos metros de altura entraron en funcionamiento los retrocohetes y la nave salió disparada hacia las alturas y se alejó hasta desaparecer.

Tornó una hora después y cuando el aparato se posó en tierra, Jason anunció que habían descubierto una inmensa extensión de agua a la que Glen Henry llamaba «océano».

Les informó, asimismo, que al día siguiente —una vez revisado el aparato— partirían hacia el continente situado al Norte. Y añadió las instrucciones para los que debían quedarse en el campamento base del *Flyinglab.*

A la mañana siguiente, Henry y Sandra, Rita y Jason ocuparon sus puestos a bordo de la liviana aeronave. Rita puso a punto sus tomavistas, grabadores y cámaras y el aparato se elevó, potente, en la fresca atmósfera matinal.

Una hora después, Glen Henry les hizo observar que, a medida que avanzaban hacia el Norte, la vegetación se iba haciendo más escasa hasta que, cuando el aparato saltó de uno a otro continente, todo rastro verde desapareció para dejar lugar a superficies rojizas, grises y negruzcas.

Volaron por encima de una gran cordillera blanca —«nevada», dijo Glen— y Jason decidió volar más bajo para que Rita pudiera recoger en sus aparatos particularidades de las regiones que atravesaban.

El avión perforó un banco nuboso y abajo brilló una inmensa superficie líquida.

—Un «océano» —dijo Glen—. Debe ser el mismo que descubristeis Charlie y tú, Jason.

La aeronave descendió aún más, hasta sobrevolar las olas a unos dos mil metros de altura. Rita, que estaba filmando con teleobjetivo, dejó escapar una exclamación de asombro.

— ¿Qué te pasa? —inquirió Glen.

— ¡Allá abajo! —señaló el mar—. ¡Me ha parecido ver un cuerpo oscuro que flotaba sobre las aguas!

Glen pidió al hermético Jason que descendiera aún más, y éste hizo evolucionar su aparato y descendió a trescientos metros.

Glen tomó unos prismáticos y los dirigió al lugar que había señalado Rita.

—Es… un enorme objeto alargado —explicó—. Parece de consistencia metálica y está parcialmente destrozado. ¡Es extraño! Ese extraño artilugio debe medir trescientos metros de longitud, parece muy pesado y sin embargo, flota sobre las aguas… ¡Hay un enorme

rótulo en uno de sus extremos, pero no puedo leerlo desde aquí! ¿Quieres virar, Jason?

El aparato se inclinó sobre su delta izquierdo, descendió un poco y se aproximó al enorme objeto metálico.

— ¡Ahora puedo leerlo claramente! Dice: *President Kennedy*… ¡Es inmenso! Pero su costado derecho presenta un impresionante aspecto… ¡Se diría que parte de su estructura metálica se hubiera fundido por el calor! —exclamó Glen.

Rita filmaba, excitada. Y dijo:

— ¡Si pudiéramos posarnos sobre él! Me parece un descubrimiento apasionante.

—No creo que sea muy difícil —opinó Jason—. Veo una especie de pista metálica en su lomo, ¿no es cierto?

— ¡Sí! —exclamó Glen, fascinado—. En realidad, parece a propósito para posarse sobre ese extraño «paquidermo» del mar.

Jason cortó los retrocohetes y se detuvo a ciento cincuenta metros sobre el objeto flotante. Dio ignición a los desaceleradores de descenso y el airoso aparato descendió en vertical.

Un momento después se detenía, balanceante, sobre la larga pista de hierro.

Desde la carlinga, los cuatro expedicionarios contemplaron, fascinados, la extraña estructura de aquella especie de refugio flotante.

—Creo…, ¡sí!, que este objeto es útil para deslizarse por la superficie del océano —dijo Sandra, pensativa. Y todos estuvieron de acuerdo.

—Sin embargo, eso sería tanto como admitir la existencia de individuos que dominaban la técnica, aunque fuera a un nivel rudimentario —observó Glen, aturdido.

—Lo mejor será que echemos una ojeada a este artilugio —propuso Jason. Y fue el primero en descender.

En cuanto puso sus pies sobre las planchas, advirtió el constante cabeceo de aquel refugio flotante y cómo diablos hubiera de llamársele.

Avanzó, despacio, hacia la borda y se sujetó a unos tubos metálicos. Miró al mar y contemplando las aguas insondables experimentó un temor supersticioso, que le obligó a separarse de allí, asustado.

Esa misma sensación fue percibida por sus camaradas, que instintivamente abandonaron la borda tras contemplar un momento la azul profundidad.

Luego, como chiquillos curiosos, corretearon de un lado a otro por la plataforma metálica.

Sandra descubrió una placa metálica borroso que decía «Ascensores».

— ¡*Ascensores!* —exclamó Rita, estupefacta—. ¡Yo puedo entender esa palabra! ¿No es de nuestro propio idioma?

Sus compañeros asintieron, confusos.

— ¡Naturalmente! —dijo Glen. En Outtown, todos nos trasladábamos arriba y abajo en ascensores.

Se miraron entre sí, pensativos. ¿Cómo explicarse aquella coincidencia?

La puerta del ascensor estaba materialmente fundida y se desgajó cuando Jason le dio una fuerte patada. Sin embargo, de nada les sirvió, pues el piso del aparato se había soldado a las paredes interiores, cerrándoles el paso.

Rita leyó otro rótulo: «STAIRS». Pero ninguno de ellos conocía esta palabra. Sin embargo, comenzaron a descender los peldaños de hierro que conducían a algún plano inferior.

Jason empujó una puerta y se detuvo, asombrado.

Se encontraban en un inmenso hangar, dentro del cual se alineaban hasta cuarenta insólitas máquinas provistas de ruedas de caucho que tenían un remoto parecido con la aeronave que ellos mismos habían montado con las piezas modulares que componían el *Flyinglab,* aunque estos extraños aviones tenían elevados los planos en un ángulo inverosímil. Según lo que Jason conocía de Aeronáutica, resultaría imposible hacer volar por el aire un mamotreto semejante.

Deslumbrados por el cúmulo de cosas extravagantes que estaban

descubriendo, los cuatro expedicionarios se desparramaron por la imponente fortaleza flotante, curioseando aquí y allá.

Hasta que escucharon el alarido de Sandra. Sorteando las máquinas, Jason corrió hacia el lugar de donde provenía el grito y encontró a la joven doctora pálida y temblorosa.

— ¡Ahí dentro! —balbuceó. Y señaló una extraña aeronave que no tenía las alas plegadas hacia arriba.

Jason ascendió por la escalerilla adosada al aparato y miró a través de la acristalada carlinga, que aparecía fundida en su parte anterior.

Estuvo a punto de caerse del susto al descubrir aquel rostro acartonado, grisáceo, sin ojos, que parecía sonreír con una mueca diabólica desde el interior de algo que recordaba remotamente un equipo de respiración autónoma.

Al fin, recuperado de su impresión, palpó el blanco vestido, los atalajes... y todo se desmenuzó entre sus dedos y un polvillo fino flotó en el aire.

Descendió, turbado.

—Era un hombre, desde luego —informó a sus camaradas—. Yo diría que se trataba de un piloto, dentro de su aeronave... ¡Es todo tan extraño! A juzgar por esos metales fundidos, podría deducirse que esta fortaleza flotante fue sorprendida por una ola de calor tan elevada como para fundir los metales y carbonizar en pocos segundos todo lo que tuviera cualidades combustibles. No me extrañaría que este lugar estuviera poblado de cadáveres carbonizados...

Su deducción se demostró certera.

Avanzaron por un ancho pasillo y penetraron en una gran sala dotada de grandes pantallas y desconocidos aparatos, donde silenciosas figuras aparecían estáticas en diversas actitudes. Sus «poses» eran tan naturales que se diría que eran seres humanos vivos. Pero en realidad, sólo eran cadáveres carbonizados.

Glen Henry consultó con gran interés un enorme panel de cristal en el que aparecía impreso una especie de mapa.

Luego abandonaron aquella espaciosa estancia y recorrieron el resto de aquella nave que más parecía un cementerio flotante. Por

todas partes hallaron cadáveres carbonizados, resecos, incluso momificados. Y siempre en la actitud de haber sido sorprendidos de forma fulminante por la muerte.

—Sí. Debió ocurrir una catástrofe de magnitudes incalculables —opinó Jason cuando iniciaban el ascenso a la superficie.

—Pero... ¿cuándo, cuándo? —preguntó Sandra, apoyándose levemente en su brazo.

Jason notó una sacudida nerviosa en toda su epidermis cuando ella le tocó. El contacto le recordó otros tiempos ya pasados, cuando el afecto y la confianza les unía a ambos.

Pero él se soltó con brusquedad y ella le dirigió una mirada cargada de reproche.

Rita y Glen charlaban, excitados, acerca de sus recientes descubrimientos.

—Debió ser algo espantoso, en efecto. Miles de criaturas humanas, inmoladas en breves segundos —pronunció, muy impresionado—. Por supuesto, debió ser una catástrofe de origen casual, provocada por algún cataclismo geológico o meteorológico... ¿Cuándo? —Glen se rascó la cabeza, dubitativo—. ¡Quién podría decirlo! Quizá Betty Fishers, después de analizar algunas muestras.

Callaron. Habían hecho un alto para recuperar el aliento y se miraron entre sí.

—Hay algo que me intriga profundamente —dijo Rita.

— ¿De qué se trata?

— ¿No lo habéis observado? Todos los cadáveres parecen corresponder a individuos del sexo masculino. ¿Es qué... no tenían mujeres?

Glen se encogió de hombros. ¿Cómo responder a tal pregunta?

Iniciaron de nuevo el ascenso, pero Jason y Sandra se retrasaron.

La doctora había retenido a Jason por un brazo y le miraba directamente a los ojos.

— ¡Por favor, por favor, Jason! ¿Es que no tienes sentimientos? —exclamó, llorosa. ¿Es que ya no sientes nada por mí?

El hombre esquivó la mirada.

—Fuiste tú la que se apartó de mí —dijo.

—Me sentí celosa, ésa es la verdad. Tú dedicabas todo tu tiempo a Rita... A cada momento os sorprendía juntos en la cabina de telecomunicaciones. Y sufrí horriblemente —murmuró ella, temblorosa.

— ¿Por qué? —exclamó él, colérico—. Cuando yo confesé que te amaba apasionadamente, tú te mostraste indecisa.

—Pero luego, cuando vinimos a Hopeland, te vi como a un hombre maduro, entero, capaz de tomar decisiones... El amor surgió en mi corazón, irrefrenable. Luego brotaron los celos cuando Rita y tú pasabais las horas juntos...

—Nunca quise a Rita —confesó él—. Estábamos pendientes de captar uno de esos mensajes de procedencia desconocida...

—Lo *sé*... ahora. Me equivoqué. Y me acerqué a McLean para darte celos... ¿No podemos rectificar nuestra conducta, Jason? Yo no amo a Charlie, ¡te amo a ti! Cometí un terrible error al entregarme a él, ahora lo comprendo. Pero... ¿No podríamos olvidarlo?

El hombre tragó saliva.

—Tú sí, probablemente. Pero yo no creo que pueda olvidar jamás cómo te estremecías de placer bajo el cuerpo de Charlie —respondió él, colérico.

Y se alejó, peldaños arriba.

Poco después, la aeronave se elevaba sobre la gran nave a la deriva. Taciturno y triste, Jason Pollard puso rumbo al Norte.

CAPITULO XI

Sobre el fondo azul del mar, Glen señaló la gran isla separada del continente por su ancho brazo de mar.

El avión descendió y todos pudieron contemplar la gran mancha grisácea sobre el fondo verde.

— ¿Qué es eso? —preguntó Jason, ávido. Y el avión bajó a unos mil metros de altitud sobre la desolada extensión negruzca.

—Parecen... ¡las ruinas de una gran ciudad! —respondió, estupefacto.

La aeronave descendió en picado y todos pudieron contemplar un panorama estremecedor. Miles de construcciones derruidas, estructuras retorcidas, montañas de cascotes y... ni el menor vestigio de vegetación ni de vida animal.

En dos pasadas, planeando a la velocidad mínima, reconocieron la vasta metrópolis destruida, quemada, teñida de un sombrío color negro.

Algunas altas estructuras se mantenían aún en pie, pero sus muros aparecían destrozados y mostraban enormes boquetes.

Sobre la línea sinuosa de un río, se veían insólitas estructuras metálicas, retorcidas de modo inverosímil. Más abajo, descubrieron una gran laguna, de cuyas aguas oscuras surgían las cúpulas de algunas construcciones.

¿Ciudades anfibias, sumergidas?

No, seis enormes construcciones de hormigón se habían desplomado sobre el río, formando una presa natural e inundando la zona Suroeste de la singular ciudad muerta.

Todo estaba silencioso e inmóvil allá abajo: los extraños vehículos con ruedas, atrapados bajo montañas de cascotes, el bosquecillo calcinado, el gran parque salpicado de losas de piedra

rematadas por una cruz…

—Si queríamos tener una idea de cuánto significa Destrucción y Muerte, ahí abajo tenemos la visión más expresiva —dijo Jason con voz ronca.

Ninguno de ellos tenía el menor interés en explorar aquel lugar impregnado de desolación y soledad infinitas.

La aeronave se elevó y avanzó hacia el Norte en su reconocimiento de la gran isla.

Descubrieron muchas ciudades negras y también otras, más pequeñas, intactas, pero igualmente desiertas, carentes de todo vestigio de vida.

En algunas de aquellas ciudades hallaron esqueletos hacinados en un gran edificio llamado «hospital», pero la mayoría de los pequeños poblados compuestos por edificios de piedra estaban absolutamente vacíos, como si jamás hubieran sido habitados. Y, sin embargo, pudieron hallar miles de objetos y utensilios que daban fe de haber sido creados y utilizados alguna vez por seres inteligentes.

En su veloz vuelo hacia el Norte, cruzaron por encima de inmensas extensiones «nevadas» y silenciosas, cubiertas por interminables cúmulos de nubes borrascosas.

Bajo la tristísima impresión que había producido en ellos visiones tan horrendas, Jason viró hacia el Sur e iniciaron el regreso hacia el gran continente sobre el cual se había posado, meses atrás, el *Flyinglab*.

A medida que avanzaba en aquella dirección, advirtieron que la nubosidad decrecía y el horizonte se aclaraba.

Volaban sobre la península que unía un continente con otro, cuando Sandra señaló una delgada columna de humo azul en el horizonte. La aeronave sobrevoló unos picachos rocosos y descendió sobre un valle que mostraba una mancha de verdor.

¿De dónde provenía el humo?

Jason viró sobre el delta izquierdo y sobrevoló el valle a escasa altura.

Localizaron el lugar del que brotaba la columna azulada y vieron

el resplandor anaranjado de una gran fogata.

Cortada la impulsión horizontal, el avión se cernió en el aire y descendió en vertical.

— ¡Son..., son seres humanos! —gritó Rita, en una incontrolada explosión de alegría.

— ¡Si! —Afirmó Sandra—. ¡Mirad! Se cubren con pieles de animales.

Los ojos de Jason contemplaron a un centenar de criaturas humanas congregadas alrededor de la fogata.

Había hombres de aspecto fiero, greñudos y musculosos, que empuñaban gruesos garrotes y dirigían torvas miradas al cielo. Y mujeres de largos cabellos, rostros limpios de vello facial, más pequeñas y frágiles, que mantenían a sus hijos pequeños entre las rodillas y que parecían igualmente aterrorizadas por la aparición de la aeronave de los expedicionarios.

— ¡Son de raza blanca...! —exclamó Glen, como si acabase de hacer el descubrimiento más trascendental del viaje de exploración.

A pesar de sus belicosos ademanes, aquellos hombres primitivos comenzaron a retroceder, espantados, cuando el «pájaro metálico» descendió hasta unos treinta metros de altura y se estabilizó en el aire, balanceándose de proa a popa.

Fue entonces cuando cundió el pánico entre los barbudos individuos. También las mujeres tomaron a sus hijos y emprendieron la huida, cuesta arriba, mientras sus hombres se entregaban a una curiosa maniobra de protección, consistente en rezagarse unos pocos metros, amenazar airadamente al objeto volante con sus garrotes, para... emprender a continuación una rápida y vergonzosa huida.

Jason y sus camaradas las vieron escalar los vericuetos rocosos para desaparecer finalmente en las escalonadas cavernas situados en la base de un elevado promontorio.

Sandra rió alegremente y su risa contagio a los demás, que también rompieron en carcajadas festivas.

— ¡Se han asustado de nosotros! —exclamó Rita. Y remedó grotescamente los ademanes amenazadores de los rudos trogloditas, lo que provocó una nueva explosión de hilaridad.

Aquel incidente episódico borró de sus mentes el recuerdo sombrío de sus anteriores descubrimientos.

Finalmente, la aeronave ascendió vertiginosamente hacia las alturas y se alejó hacia el Sur.

* * *

La excitación cundió entre los expedicionarios cuando Jason anunció que se proponía realizar un viaje de exploración al otro lado del océano.

En las fotografías realizadas a gran altura por los cosmonautas Robinson, Brooks y McLean, parecían adivinarse un gran continente que se alargaba de Norte a Sur al otro lado del océano. Jason, deseaba, pues, explorar aquellas tierras para realizar las pruebas y análisis que le habían sido encargados por el Consejo.

La dificultad fundamental era que todos los expedicionarios querían realizar aquel viaje, que dudaría varias jornadas.

Como Glen, Sandra y Rita habían participado ya en uno de los raids aéreos, lo justo era eliminarlos. Con la aprobación de todos, Jason llevó a cabo un sorteo para elegir a sus tres coexpedicionarios. Y los nombres que designó el azar fueron Eve Landon, Rudolph Asquith y… Charlie McLean.

La víspera de la partida, todos se sentían agitados y tensos. Los expedicionarios por la emoción de la aventura en sí, los que habrían de quedarse porque conocían las dificultades del largo viaje a través del misterioso océano.

A la mañana siguiente, los rostros aparecían tensos y las miradas brillantes. Jason y sus compañeros de viaje se despidieron de todos formalmente. Uno por uno fue estrechando las manos de todos los que se quedaban, hasta que se encontró frente a Sandra. Vaciló un momento, pero ella tomó su mano y la estrechó entre las suyas apasionadamente.

—Vuelve —exclamó Sandra en un susurro cálido—. Te estaré esperando.

Luego Asquith, Eve, Charlie y él subieron al avión, aprovisionado de combustible para realizar un largo crucero. Minutos después, la aeronave despegaba del arenal, ascendía y se perdía en el horizonte.

Media hora después divisaban el océano en toda su magnitud. Con el sol a popa, el mar presentaba un azul profundo y misterioso que impresionó fuertemente a los expedicionarios.

Mar adentro, Jason hizo que la nave descendiera cuando Charlie llamó su atención sobre las estelas de espuma que había detectado a través de los prismáticos.

En vuelo rasante, descubrieron a un grupo de colosales peces de hasta treinta metros de longitud que se impulsaban con potentes coletazos, se sumergían y volvían a emerger, soltando al aire surtidores de vapor y agua.

De cuando en cuando, divisaban desde lo alto extrañas naves a la deriva que guardaban algunas semejanzas con la fortaleza flotante que habían registrado durante el vuelo anterior.

— ¿Serán esas máquinas de guerra el vestigio de la destrucción que anunciaban los misteriosos mensajes a los que Velin llamó «ecos del pasado»? —se preguntó Jason, intrigado.

Todos viajaban en silencio. Por supuesto, él y Charly McLean —que se sentaba a su lado— no habían cambiado más que las palabras indispensables relacionadas con datos técnicos de vuelo.

Jason miraba a su compañero de reojo y no podía evitar que su corazón se inflamara de rencor. ¿Por qué tenían que ocurrir las cosas así? Charlie, que no contaba con el amor de Sandra Werzinska, había gozado del placer que ella le había ofrecido atolondradamente. En cambio, él que la amaba apasionadamente, se había entregado torpemente, impulsado por los celos, a los brazos de Rita, con la que no le unía ningún sentimiento amoroso...

«No —se dijo, rencoroso—. Jamás olvidaré que Sandra se entregó a Charlie por despecho. Aquella escena jamás se borrará de mi memoria».

Y, sin embargo, Jason se ocultaba a sí mismo que él también era digno de desprecio. ¿Acaso no había corrido a los brazos de Rita con la única intención de ocultar su humillación y, a su vez, vengar se de Sandra...?

Un rosario de islas que terminaban en una península que penetraba profundamente en el océano, fue el signo de que se acercaban al continente.

Volando a mil metros para permitir que Eve Landon filmara los rasgos más interesantes del litoral, Jason condujo la aeronave tierra adentro.

Descubrieron una gran ciudad completamente arrasada y cubierta de polvo blanquecino que el viento arrastraba formando una insólita alfombra vaporosa.

Muchos kilómetros tierra adentro, fueron numerosas las grandes urbes que aparecían completamente destruidas. En ninguna de ellas detectaron rasgo de vida. No vieron criaturas humanas ni animales. Incluso la vegetación era rala y enfermiza. Por el contrario, divisaron nubes de grandes insectos, de azuladas alas membranosas, que, a veces, llegaban a ocultar el sol.

Jason se vio obligado a elevar el avión para esquivar aquel mar cambiante, formado por millones de insectos que medían treinta centímetros de longitud y producían al volar un rumor profundo e inquietante.

El reverendo Asquith, que había hecho el viaje recogido en una actitud concentrada y temerosa, exclamó entonces:

— ¡Tierra de perdición! ¡Por nada del mundo me quedaría a vivir en un lugar como éste! ¡Antes preferiría volver a Outtown para el resto de mis días...!

Nadie le hizo caso. Asquith apretó los finos labios y elevó una muda plegaria al Rey de la Creación pidiendo *para sí* protección y clemencia.

De las observaciones que extrajo de las primeras horas de viaje sobre aquel continente, Jason sacó una conclusión: por lo normal, eran las grandes ciudades las que habían sido arrasadas. No así las de mediana entidad y los pequeños poblados diseminados por la región, cuyos edificios se veían intactos; la soledad y la carencia de vida fueron su común denominador.

Se preguntó a qué se debería esta particularidad, pero naturalmente no halló una explicación coherente.

Con gran alegría, descubrieron a un grupo de criaturas humanas

al cruzar una larga cordillera que se extendía de Norte a Sur, desde las tierras cálidas del istmo hasta los bosques helados septentrionales.

Al descender, advirtieron que se trataba de una treintena de cazadores que se cubrían con gruesas pieles y portaban lanzas rudimentarias. Su actitud era claramente cinegética, por lo que el reverendo Asquith rompió su silencio para aventurar la posibilidad de que en aquellas altas montañas se criaran algunas especies animales.

Volaron hacia el Nordeste y divisaron una gran metrópolis a orillas del océano. Sus altísimos edificios aparecían desplomados y resquebrajados. Larguísimas avenidas que se cruzaban entre sí y medían docenas de kilómetros, aparecían cubiertas de polvo negro y cenizas. En la bahía, una estructura metálica de varios kilómetros, retorcida y deformada, se hundía en las aguas reteniendo docenas de cascos flotantes o semihundidos que golpeaban contra los esbeltos pilares a impulso de la marea.

Jamás había contemplado Jason tanta desolación en una superficie tan extensa. Airosas estructuras aéreas aparecían desgajadas de su anclaje en tierra. Un vehículo articulado formado por cuatro secciones, colgaba de lo alto sobre un abismo de sesenta metros.

Volando muy bajo, Eve advirtió que las ruinas estaban pobladas de unos animales de unos sesenta centímetros de longitud, pelaje gris y larga cola cilíndrica.

Asquith pidió los prismáticos y observó atentamente. Vio saltar aquellas repugnantes alimañas entre los cascotes y se estremeció. Había miles, tal vez millones de ellos.

— ¿Qué...? —preguntó Jason, impaciente.

— ¡Son ratas! Un tipo de roedores, del cual conservábamos algunos ejemplares en Outtown... ¡Pero éstos son enormes! ¡Diez veces más grandes que las ratas que yo conozco!

Poco después realizaron otros descubrimientos que les impresionaron fuertemente. En un diámetro de unos cien kilómetros a la redonda, hallaron otras seis ciudades de regulares dimensiones, igualmente arrasadas, donde enormes roedores de pelaje gris campaban libremente.

Cuando el sol alcanzaba su cénit, la aeronave viró y se dirigió hacia el Oeste. En zonas próximas a un nuevo y dilatado océano, hallaron huellas de criaturas humanas, señaladas por otras tantas

columnas de humo. En todos los casos, cuando el avión descendió y trataron de observarlos, aquellas primitivas criaturas se alejaron espantadas y desaparecieron en el fondo de la tierra.

Volando hacia el Sur, distinguieron desde diez mil metros una profunda hendidura en la tierra. Al descender, comprobaron que se trataba del hondo lecho de un río. Pero se quedaron maravillados al sorprender a unos extraños seres, en una meseta próxima. Estas criaturas insólitas tenían en la parte inferior apariencia de animal cuadrúpedo, pero en su parte superior... ¡emergía una cabeza humana!

Se habían lanzado a una carrera desenfrenada por la llana meseta desértica, cuando Jason hizo que la aeronave descendiera en vuelo rasante. Cuando describió una pasada a mediana velocidad, el grupo se dividió. Entonces ocurrió algo singular: una de aquellas criaturas *se disgregó en dos.* La parte superior, de apariencia humana, cayó rodando al suelo, mientras el cuerpo de animal se alejaba al galope.

—No son una sola, sino dos criaturas distintas —observó el reverendo Asquith—. Son hombres que montan sobre cuadrúpedos.

Al comprender su error, Charlie, Eve y Jason rieron con estruendosas carcajadas. Asquith les contempló entonces con expresión extraña y distante.

Poco después, volvían al litoral. Hallaron nuevos vestigios de destrucción: cuatro extensas ciudades absolutamente arrasadas.

Sin embargo, más al Esté, y en mitad de una zona desértica poblada de altos vegetales espinosos, hallaron una pequeña ciudad intacta.

Eran las siete de la tarde y el sol teñía de oro las distantes aguas del océano. No habían comido ni bebido a lo largo de diez horas, por lo que necesitaban urgentemente reparar sus fuerzas.

Decidieron descender en las proximidades de aquella atractiva aglomeración de airosos edificios de ladrillos y madera. Un momento después, la aeronave se posaba, majestuosa, en un llano próximo.

Soplaba una brisa refrescante y deliciosa y el viento empujó hacia el Sur algunas bocas de resecos espinos. Aunque el entorno era seco, desértico, había una franja de vegetación que rodeaba la ciudad.

Jason fue el primero en echar pie a tierra, ansioso por estirar las

piernas. En cuanto lo hubo hecho, restalló una seca detonación.

Jason sintió un dolor quemante en la sien izquierda, se palpó la cabeza con las manos y las retiró llenas de sangre. En aquel momento, su vista se tornó turbia. Sus rodillas se doblaron y cayó pesadamente a tierra.

Eve, que bajaba en ese momento, dejó escapar un gemido de angustia.

CAPITULO XII

Jason volvió en sí, palpó su sien y dejó escapar un quejido.

Entonces llegó a sus oídos un sonido inaudito... ¡el llanto de un niño!

Abrió los ojos, sorprendido y asustado, y vio a Eve, que se inclinaba solicita sobre él.

— ¿Qué es eso? —exclamó.

Eve le ayudó a incorporarse y Jason miró con avidez.

Se encontraban en una amplia estancia con ventanales por los que penetraban los últimos rayos de un sol rojizo.

Al otro extremo de la pieza, Charles McLean vigilaban a alguien que yacía de bruces sobre un asiento alargado.

Junto a la ventana, el reverendo Asquith sujetaba torpemente a una menuda criatura de cabellos dorados… ¡una preciosa niña vestida con ropas destrozadas a jirones!

La niña lloraba e intentaba escapar de entre los brazos de Rudolph, que la contemplaba con una mezcla de curiosidad y miedo.

—Ocúpate de ella, Eve —pidió Jason—. ¡Ve! Estoy bien.

Comprobó que Eve le había vendado la frente y que la herida había dejado de sangrar. Se sentía tan débil que estuvo a punto de caer cuando trató de incorporarse. De hecho, se tambaleó y hubo de apoyarse en la pared, pero al fin el mareo se alejó y Jason pudo avanzar unos pasos.

Con incontenible curiosidad, se acercó al lugar que ocupaba el vociferante individuo que descansaba sobre la larga silla acolchada. Charlie le había atado con tiras de las cortinas, pero aquel (¿hombre?) se agitaba furiosamente tratando de morder las manos de McLean.

— ¿Quién es ése…? ¿Qué fue lo que ocurrió? —quiso saber.

Charlie señaló un viejo fusil apoyado contra el muro.

—Te hirió con «eso» y estuvo a punto de matarnos a todos. Parecía loco, manipulando esa arma, disparando sin cesar y gritando salvajemente. Tuvimos que ponernos a resguardo. Entre los tres, logramos cercarle cuando se refugió en esta casa y caímos sobre él por sorpresa. Forcejeó con increíble fuerza, hasta que logramos reducirle y atarle de pies y manos. Cuando estábamos en ello, esa criatura apareció por esa puerta —Charlie señaló a la niña— y se arrojó sobre mí como una furia. Ya ves que me ha destrozado la cara con sus uñas —terminó rencoroso.

Jason dio la vuelta al hombre que yacía boca abajo y… tuvo que retirar rápidamente la mano para salvarla de un furioso mordisco.

Vio una larga barba y una cabellera canosa, unos ojos azules relampagueantes, unas facciones arrugadas, bronceadas, pero propias de un individuo de raza blanca.

— ¿Por qué quería matarnos? —preguntó sin acritud.

Pero el hombre no respondió. Por el contrario sus ojos se desorbitaron y se agitó tembloroso, como si acabase de ver aparecer un espectro.

Jason advirtió que el anciano dirigía temerosas miradas a algún lugar situado a su espalda. Entonces se volvió y… palideció.

Colgada de la pared forrada de madera, se veía la efigie enmarcada de un hombre de cabellos rubios y rizados, frente despejada y rasgos angulosos. Mirando aquella fotografía, *Jason creyó verse reflejado en un espejo,* tan pasmoso era el parecido entre aquel retrato y sus propias facciones.

Entonces se separó del viejo y de Charlie y se aproximó al retrato. Miró fijamente aquellos rasgos que tanto concordaban con los suyos, y leyó las palabras impresas en la parte inferior de la fotografía: «El presidente de Estados Unidos de América, Michael L. Pollard».

La niña había dejado de llorar, atendida por Eve, y ahora todos le miraban fijamente. Los ojos de las personas que ocupaban la habitación iban alternativamente del rostro de Jason a la fotografía que colgaba de la pared.

El viejo también le vigilaba con ojillos brillantes. De pronto, lanzó un escupitajo hacia Jason y chilló, fuera de si:

— ¡Casta de genocidas…!

Pasmado de asombro, Jason entendió perfectamente el insulto.

—No entiendo una palabra —murmuró, confuso—. ¿Por qué me insulta ese anciano? ¿Quién puede explicarme el extraño parecido de mis facciones con las del hombre reflejado en esa fotografía…?

Charlie dejó escapar una corta carcajada que no traslucía alegría.

— ¿Y yo qué sé? —respondió, indiferente—. De todas formas, no se trata sólo de tu semejanza con el hombre del retrato. ¿Has reparado en que se llama Pollard, como tú…?

Jason se volvió, inquieto.

—Y tú, Eve… ¿puedes ayudarme? —dijo, con ademán suplicante.

La mujer negó con la cabeza.

—Lo siento, Jason. No comprendo nada —murmuró.

Al fin, Jason se encogió de hombros, impaciente. Miró a Asquith

y dijo:

—Reverendo, estoy hambriento. ¿No le importaba traernos algo de comer?

Rudolph asintió sin palabras y abandonó la estancia. Volvió pocos minutos después con abundantes provisiones y bebidas.

Eve tomó a la niña por los hombros y la condujo a la mesa, la sentó en una silla y comenzó a disponer los alimentos y bebidas. Entre tanto, Jason registró la casa y la halló desierta.

Luego, Charlie se acercó a la mesa y todos comenzaron a comer. Eve puso un plato de comida ante la niña, que tomó el alimento con las manos y comenzó a masticar vorazmente.

— ¡Pobrecilla! —exclamó Eve, compadecida—. ¡Debía estar hambrienta!

Pero el anciano se agitó violentamente sobre el diván.

— ¡Sally! —chilló—, ¡No comas!

Pronunció aquellas palabras con un tono enérgico y gutural, exótico. Pero los expedicionarios entendieron perfectamente su significado.

Jason se volvió a él y le miró sin expresión.

—La niña está hambrienta, ¿no le da vergüenza? —habló rápidamente. Y el viejo se calló, confuso. ¿No había entendido... o comprendía demasiado?

Por lo demás, la niña —a la que el viejo había llamado Sally—, tras unos segundos de vacilación, siguió comiendo con gran apetito, hasta saciarse.

Cuando terminaron, Eve tomó un plato con comida, se acercó al viejo y, con grandes precauciones, lo dejó al alcance del anciano.

Jason decidió explorar el lugar antes de que anocheciera.

—Quédate con el viejo y la niña, si quieres, Eve. El reverendo, Charlie y yo haremos una descubierta —indicó Pollard.

Salieron de la casa, caminaron hasta la aeronave, tomaron lámparas eléctricas y fusiles láser, y recorrieron lentamente la

tranquila villa.

No encontraron a nadie... a excepción de un reptil de aspecto repugnante y más de un metro de longitud, que les dio un regular susto cuando salió corriendo de improviso de una casa y desapareció en el maizal próximo.

Oscurecía ya cuando volvieron a la casa situada al margen del desierto. El viejo había consumido su comida. Eve les explicó que ella salió un momento y cuando volvió sorprendió a Sally que daba la comida al hombre que ella llamaba «abuelo».

—He estado hablando con Sally. Aunque su idioma es distinto del nuestro, hemos podido entendernos. ¿No os parece extraño? Un dato inexplicable más, a agregar al capítulo de preguntas sin respuestas —dijo Eve—. Me ha explicado que vive con su «abuelo» desde hace muchos años (ella debe tener ocho) y que sus padres murieron hace cuatro. Ellos dos son los únicos habitantes de esta ciudad.

Jason adaptó su lámpara eléctrica al cable que colgaba del techo. Luego miró a la niña, que se recostaba, temerosa, contra su abuelo.

De repente, tomó su decisión. Se inclinó sobre el viejo y soltó sus ligaduras.

—Escúcheme con atención —dijo, pronunciando las palabras claras y lentamente—. No queremos hacerles ningún daño. Pasaremos la noche aquí y mañana nos marcharemos.

— ¿Mañana? —pronunció el viejo.

—Sí —al mismo tiempo, Jason asintió con la cabeza—. Parece que lo están pasando mal aquí, que no disponen de mucha comida...

—Poca comida —dijo el viejo—. Cazo iguanas.

— ¿Unos reptiles verdes, muy rápidos? —el viejo asintió. Y Jason hizo un gesto de repugnancia—. Bien. Les dejaremos algunos alimentos, antes de marcharnos. Créalo, no tenemos la menor intención de hacerles daño. ¿Me ha entendido?

El anciano asintió con una fuerte cabezada. Después, también lenta y cuidadosamente, pronunció:

—Me confundí... Ustedes, buenos.

Luego, mezclando palabras claramente inteligibles con otras que Jason no podía entender, el viejo dijo que su nombre era Bill Potter, y añadió que había sufrido una ofuscación al verles aparecer, sobre todo al contemplar las facciones de Jason, al que tomó por el espectro de uno de los Genocidas.

—Pero eso era imposible —vino a decir en su jerga—, porque el Genocida Pollard murió en Washington. Y eso ocurrió hace más de doscientos años, al principio de la Gran Hecatombe, poco antes de que los Genocidas destruyeran la Tierra.

— ¿La Tierra? —exclamó Jason, sospechando que el viejo chocheaba.

Bill Potter se incorporó y desapareció por la puerta del fondo. Alarmando, Jason elevó un fusil láser. Sally le dirigió una mirada suplicante.

Pero no había nada que temer. Potter volvió en seguida. Traía un globo en las manos, que mostró a los expedicionarios.

—La Tierra —dijo sencillamente.

- Jason, Eve, Rudolph y Charlie observaron aquella esfera con curiosidad. Le bastaron pocos segundos para comprobar que aquel globo no era sino... la representación del planeta Hopeland.

—Alexander Werzanska y Michael L. Pollard destruyeron la Tierra —dijo Potter.

- Jason dirigió una sombría mirada a la efigie colgada del muro frontero.

CAPITULO XIII

Tras la revelación, Jason Pollard había comprendido todos los arcanos con meridiana claridad.

Y ahora, un peso insoportable en el pecho tornaba su respiración dificultosa y silbante. Pero no sólo era él quien se sentía aplastado por las revelaciones de Bill Potter: también Eve, Charlie y el reverendo Asquith demostraban con sus expresiones sombrías y concentradas el alcance de la verdad.

—No deben vivir obsesionados —dijo el viejo con voz cansada —. Ustedes no son responsables de los errores que otros cometieron. Mire a mi nietecita... ¡Sally es el futuro y la esperanza!

La niña se había dormido confiadamente en los brazos de Eve, que la sostenía en sus brazos con infinita ternura.

—Usted se ha referido numerosas veces a la Gran Hecatombe que sembró el terror, el sufrimiento, la destrucción y la muerte... ¿Cómo sobrevivieron ustedes? —preguntó Jason, al cabo.

—Mi abuelo, Jackson Potter, tomó a unos cuantos miembros de su familia y a la de un amigo y se los llevó a todos a la montaña cuando el presidente Pollard decidió la Guerra con la Unión Soviética. Jackson Potter conocía unas profundas galerías subterráneas, adonde fue almacenando víveres y agua a lo largo de los meses que precedieron a la Hecatombe. Llevaban un receptor de radio muy potente y un contador Geyger. Cuando los misiles destruyeron las más importantes ciudades del mundo, Jackson tapó la entrada a su refugio subterráneo y permanecieron en lo más hondo de las galerías por espacio de varios meses. Periódicamente, salía al exterior y realizaba mediciones con su Geiger. Pero siempre volvía al refugio moviendo la cabeza y mascullando entre dientes, vivieron allí por espacio de cuatro años, alimentándose de reptiles y raíces, hasta que mi abuelo decidió que el peligro había pasado. Entonces decidieron volver a esta localidad, Summerville. No encontraron a nadie vivo, ni siquiera animales. Dieron sepultura a los restos de los muertos y pusieron en orden la ciudad. Los más jóvenes se casaron y se formaron varias

familias.

Sin embargo, pronto comprendieron la terrible realidad: no disponían de animales de los que alimentarse. Ni siquiera semillas. Tampoco disponían de vehículos para trasladarse a los lugares donde pudieran encontrar alimentos.

—Plantaron un poco de maíz y lo cuidaron amorosamente. Pero un verano la cosecha se agostó y murieron la mitad de las personas. Al fin, se dieron cuenta de que estaban pillados en una trampa mortal. Algunos hicieron una exploración hacia el Norte. Y nunca volvieron.

Bill se había casado. Tuvo una hija, que se casó a su vez y les dio una niña: Sally.

—Hace unos años murieron Edna y su marido, padres de Sally. Por fortuna, un día oí un mugido. Salí y vi una vaca cimarrona. Sólo Dios sabe los trucos que tuve que desplegar para conseguir domeñar a aquel salvaje animal, pero la vaca se fue tornando mansa y nos dio leche y queso. Milagrosamente, algunas semillas de maíz perdidas germinaron, y esto nos permitió alimentar a la vaca y fabricar algunas tortas…

Bill relató que varios meses atrás se habían presentado en Summerville unos individuos a los que el viejo llamó «indios salvajes». Le robaron la vaca y dejaron a Potter malherido.

—Con la pérdida del animal, perdí mis últimas esperanzas. Yo soy ya muy viejo —aseguró que tenía noventa y ocho años— y me siento al borde de mis fuerzas. Sin embargo, he ido alimentando a Sally hasta ahora con la blanca carne de las iguanas que, contra lo que ustedes puedan imaginar, es un verdadero manjar. Pero las balas que había ido recogiendo casa por casa se acaban. Sólo me quedan tres. ¡Es el final! Sé que muy pronto moriré. No lo siento por mí, puedo jurarlo, pues estoy harto de vivir, sino por mi pequeña Sally. Por mi parte, tengo confianza en Dios y sé que me tiene destinado un lugar allá. ¡Pero Sally, pequeña mía!

Sus ojos sin brillo se empañaron de lágrimas. Sin embargo, el rudo anciano las sacó de un manotazo y alzó la mirada fieramente.

—Ustedes parecen buenas personas —dijo, reflexivo—. Además disponen de alimentos abundantes y de otros poderes que mi vieja cabeza no alcanza a comprender. ¿Por qué no se llevan a Sally? Yo la convenceré… Por lo demás, es una niña juiciosa y razonable.

Les miraba con ojos suplicantes. Jason, Eve, Charlie y Asquith se miraron entre sí.

Al cabo, fue Jason el primero en hablar.

— ¿Por qué no? La niña morirá si queda sola… En cualquier caso, vendría a ser una ínfima compensación.

Charlie y Eve estuvieron de acuerdo inmediatamente. Rudolph Asquith gruñó algunas razones en contra, pero al final accedió a regañadientes.

El viejo sonrió, satisfecho.

Puso su arrugada mano sobre la de Jason, la oprimió y dijo algo extraño:

—Sé que Sally está en buenas manos. Ahora ya puedo dormir tranquilo…

Acostaron a la niña en su jergón de hojas de maíz y Potter se echó junto a ella y se quedó dormido.

Charlie, Eve, Rudolph y Jason se acomodaron como mejor pudieron. Y poco después estaban profundamente dormidos.

Al amanecer, Jason despertó. Se desperezó y se puso en pie de un brinco para desentumecer sus músculos.

Poco a poco, sus camaradas fueron dando señales de vida. Más tarde, Eve penetró en las habitaciones interiores.

Volvió al cabo de unos minutos. Su rostro estaba intensamente pálido.

—Jason, ese anciano, Bill Potter, *está muerto* —dijo.

Un escalofrío recorrió a Pollard por entero.

Luego, más sereno, dijo:

—Era lógico. Bill había hecho ya todo lo que podía hacer en este mundo.

Procurando no despertar a la niña, que dormía profundamente aún, retiraron el cadáver del anciano y lo llevaron a las traseras de la casa, donde cavaron una fosa y le enterraron.

Rudolph Asquith pronunció una corta oración dirigida al Rey de la Creación, con el ruego de que dirigiera el alma de Bill Potter hasta el Ultimo Paraíso. Y después los cuatro volvieron a la casa.

A Jason se le había desatado la impaciencia. Deseaba levantar el vuelo y volver cuanto antes a aquel continente que en el globo terráqueo de Potter estaba marcado con la palabra «África».

Cuando Sally despertó, una hora más tarde, preguntó inmediatamente por su abuelo.

Eve le dijo con ternura:

—Se fue. Sonreía. Ya no volverá.

La niña no se asustó. Permitió que Eve la tomara en brazos y se acurrucó contra ella.

— ¿Se fue… al Cielo? —preguntó con su infantil vocecilla entrecortada.

—Sí —le sonrió Jason—. Nunca le faltará la comida ni… el agua.

Recogieron los fusiles y las lámparas y caminaron hacia el sol naciente.

Sally se puso rígida cuando Charlie la tomó en sus brazos para subirla a la cabina de la aeronave, pero se sintió más segura cuando se reunió arriba con Eve.

Jason manipuló los mandos y el avión se elevó en la limpia atmósfera. Sally, encogida y suspendida la respiración, se aferró a Eve hasta que la aeronave fue impulsada hacia adelante y el vuelo se estabilizó.

En seguida gritó, alborozada, al contemplar el espléndido panorama que se extendía ante su vista. Sus comentarios y sus risas despejaron el ambiente y pronto todos se sintieron ganados por la ternura que la niña sabía crear a su alrededor con su ingenuo comportamiento.

Dos horas después, la aeronave sobrevolaba el océano. Sally pidió que le dieran de comer y Eve, Charlie y Rudolph pelearon por atenderla.

Cuando cruzaban el océano se produjo una situación que

provocó el pánico por unos instantes. Ocurrió así: Rudolph Asquith y Charlie McLean se quedaron dormidos, rendidos por la falta de descanso y la monotonía del vuelo. Era lógico, pues la noche anterior apenas habían dormido cuatro horas. También Eve entornó los ojos y se dejó adormecer. Lo verdaderamente dramático fue que a Jason le ocurrió otro tanto.

Despertó sobresaltado. Sally tiraba de su brazo y gritaba, sobrecogida:

— ¡Caemos, caemos...!

En el momento que abrió los ojos, Jason vio que la aeronave volaba... apenas a diez metros sobre las crestas de las olas. Unos segundos más y... hubieran despertado en el fondo del océano.

Urgentemente, dio potencia a los impulsores y el avión se elevó como una flecha a las alturas.

Todos habían despertado despavoridos. Por un momento, la tragedia les había rondado. Pero gracias a la niña, que permanecía bien despierta, todo había quedado en un susto más que regular.

Emocionado, Jason atrajo a la niña, la besó en la frente y dijo:

— ¡No sabes cuánto te debemos, Sally!

Cuando el sol estaba en su cénit, la aeronave abordó el litoral africano. Una hora más tarde planeaba majestuosamente y descendía sobre el arenal donde el fuselaje del Flyinglab destellaba esplendorosamente.

Como habían calculado que su vuelo de reconocimiento duraría cuatro jornadas, sus camaradas no les esperaban. Sin embargo, apenas los desaceleradores de la aeronave comenzaron a elevar tolvaneras de polvo sobre el arenal, la rampa del hangar descendió y sus compañeros descendieron.

La primera en llegar fue Sandra. Anhelante, se dirigió decidida hacia Jason y, desafiando cualquier reacción negativa del hombre, se abrazó a él trémula y le besó en los labios.

— ¡Jason, amor mío! —susurró—. Apenas hace treinta horas que te marchaste y a mí se me antoja un siglo.

El cuerpo de Pollard vibró como un metal bien templado. Luego,

irreflexivamente, apretó entre sus brazos a la mujer y hundió su rostro en sus negros cabellos.

Al fin, se separaron. No había nada que decir. Todo estaba dicho: bastaban los ojos para expresarse con toda intensidad.

Luego alguien gritó:

— ¡Es una niña! ¡Una niña preciosa…!

Rita, Glen, Betty, Igor, María, Jean y Satali rodearon a Jason Pollard, expectantes.

—Subamos a bordo —propuso Jason—, Tenemos muchas cosas que contaros.

EPILOGO

—Vuestra suposición es correcta —Nicolás Velin les contempló, uno por uno, desde la gran pantalla de televisión—. El Consejo estudió su decisión durante largos años. Queríamos que crecierais en un ambiente ajeno al odio y al egoísmo. Y creo que lo conseguimos…

—Así pues, nunca nos hablaron de la Tierra como antigua morada de nuestros antecesores… por temor a que de nuevo nos dejásemos llevar por el rencor y la ambición —dijo Sandra Werzinska.

—Sí. Ese era nuestro objetivo —admitió Velin—, El ansia de poder, los sentimientos egoístas, la sensibilidad criminal, la falta de

sensatez y la soberbia, llevaron al género humano a la autodestrucción. Vosotros habéis contemplado los efectos de los errores de nuestros antepasados. Por vuestros ojos han desfilado atroces visiones de desolación, que seguramente habrán calado en profundidad en vuestras mentes y en vuestros corazones...

Velin afirmó que lamentaba que el azar les hubiera permitido llegar al fondo de la terrible verdad, pero que confiaba en que las espantosas escenas de muerte y soledad que habían contemplado les animasen a guiarse por la sensatez, la templanza y la generosidad.

—Vuestra formación es ahora más sólida que nunca —añadió—. A lo que vuestros educadores os enseñaron pacientemente durante años, sumáis ahora la experiencia de haber sobrevivido durante meses enteros en un ambiente extraño y al mismo tiempo deslumbrador, hostil pero lleno de posibilidades para el futuro. Creo que habéis sabido moldear vuestros caracteres y que hoy os sentís ilusionados por iniciar una nueva era sobre la Tierra, a la que durante un tiempo decidimos dar el hermoso nombre de «Tierra de la Esperanza». La Esperanza del oscuro pasado es ya una realidad consoladora. Os felicito de todo corazón. Y... me siento emocionado al deciros que me siento orgulloso de todos vosotros.

Jason carraspeó.

—No hemos sido tan perfectos como usted parece creer, señor —dijo, sin desviar la mirada—. Hemos cometido numerosos errores... Y creo, sinceramente, que yo he sido el que más ha errado.

Por primera vez desde que Jason le conocía, el venerable Velin se echó a reír.

—Pero, querido Jason, ¡nosotros no pretendíamos formar a individuos perfectos! La esencia del hombre no es la perfección, sino ese cúmulo de defectos y virtudes que llamamos humanidad —exclamó, disimulando su íntimo regocijo. Y añadió, con enigmática expresión—: En realidad, nosotros estamos también muy orgullosos de vuestras lamentables imperfecciones...

Un coro de carcajadas acogió la pequeña broma del venerable Velin.

Jason miró a Sandra. Y Sandra miró a Jason.

En aquel breve intercambio, se expresaban muchas cosas: amor, perdón, comprensión, asimilación de los anteriores errores...

Sin embargo, Sandra no parecía del todo satisfecha.

Al fin y aunque con cierta timidez, se decidió a hablar:

— ¿Puedo decir algo, señor?

Velin asintió, bondadoso.

—Adelante, Sandra. ¿Qué es lo que te inquieta? —preguntó.

—Hemos comprendido muchas cosas que suponían para nosotros verdaderos arcanos. Por ejemplo: los insólitos mensajes que hablaban de guerra y destrucción. Entendemos que fueron emitidos desde uno de esos satélites artificiales.

—Aciertas. Antes de que los hombres desatasen el Apocalipsis sobre la Tierra, utilizaban esos satélites artificiales para las comunicaciones a distancia. La declaración de guerra debió quedar grabada en uno de los satélites. Durante más de dos siglos, el ingenio se mantuvo en órbita en torno a la «Tierra de la Esperanza», absolutamente mudo. Luego, accidentalmente, debió ser excitado por la energía solar y, esporádicamente, volvió a emitir los mensajes que tanto os alarmaron hace unos meses...

Sandra se impacientó. Se esforzaba en poner en orden sus ideas, pero su cerebro se embarullaba lamentablemente.

—Verá, señor: también nos sorprendió mucho descubrir que las criaturas inteligentes que encontramos se expresan en idiomas que nos recordaban el nuestro. Incluso los grafismos de algunos rótulos y numerosos vocablos de distintas lenguas nos resultaban conocidos. Todo ello...

—Entiendo —la ayudó Velin, pacientemente—. La revelación que voy a haceros terminará con todas vuestras dudas, o eso espero. Escuchad: poco antes de que se desatara la Gran Hecatombe, se habían reunido en la Tierra hombres y mujeres prudentes de todas las razas, credos e ideologías. Eran personas equilibradas que temían por el futuro de la raza humana y la cultura heredada de civilizaciones antiquísimas. Previendo el cataclismo, acordaron formar un grupo de hombres y mujeres jóvenes y sanos, que serían trasladados a la Luna (la Outtown que vosotros habéis conocido) a salvo de la catástrofe. Sabios e investigadores crearon ingenios para transportar a las personas elegidas al refugio lunar. Crearon un idioma común, compendio de todos los que se hablaban en la Tierra, y mediante él se entendieron en el futuro...

«Después de la Tercera Guerra Mundial, el peligro en la superficie de la Tierra era más que evidente, pues después de la destrucción inicial montañas, llanos, ríos, lagos y océanos estaban impregnados de una muerte mil veces más espantosa: la radiactividad.

»La Comunidad de Outtown se multiplicó en paz —siguió Velin —. Prosperó y creó individuos sanos de cuerpo y espíritu. Todos los esfuerzos de tres generaciones iban dirigidos a prepararos a vosotros, los que iniciaríais el nuevo éxodo a la Tierra de la Esperanza. Pero ello sólo fue posible cuando el mortífero efecto de la radiactividad decreció, hasta anularse por completo. Fue entonces cuando vosotros fuisteis trasladados a Newark y de allí emprendisteis el vuelo a Hopeland. Es decir, a la Tierra.

—Señor —dijo Jason—, ¿podría explicarnos por qué fuimos elegidos precisamente Sandra y yo? Hemos averiguado que los dos somos descendientes de los Genocidas que destruyeron la Tierra…

—Os lo explicaré —respondió el venerable Velin, comprensivo —. Es cierto que el presidente Pollard, tu bisabuelo, y el presidente Alexander Werzinska, bisabuelo de Sandra, fueron los responsables directos de la catástrofe, aunque ellos representaban, en realidad, a la mayoría de los humanos… El Consejo pensó que había que ofrecer una reparación a toda la Humanidad, particularmente a los que fueron inmolados. Puesto que Pollard y Werzinska, Werzinska y Pollard, habían iniciado la Destrucción, era justo que otro Pollard y otra Werzinska, iniciaran la Reconstrucción. Creo que lo entendéis. Como tú, Jason, dijiste al anciano Bill Potter cuando te hiciste cargo de su nieta, vuestros esfuerzos supondrían una cierta compensación.

Tras las palabras del venerable Velin, todos quedaron en silencio.

—Señor, ¿podemos conocer la decisión del Consejo respecto a la Comunidad de Outtown? —preguntó luego, Jason Pollard—, ¿Cuál será su futuro? Muchos de nosotros tienen familiares en Outtown y todos nos sentimos ansiosos por reunimos con las personas a las que hemos respetado y amado a lo largo de nuestras vidas.

—Es justo que os informemos. La decisión del Consejo tras las últimas exploraciones es… ¡Iniciación de los convoyes que transportarán a todos los nuestros hasta la Tierra de la Esperanza! —anunció Velin, emocionado.

Los expedicionarios prorrumpieron en gritos de entusiasmo, se

abrazaron jubilosos y manifestaron su alegría de forma espontánea y ruidosa.

La comunicación terminó poco después. Cuando comenzaron a abandonar la sala de telecomunicaciones, Jason advirtió que Charlie McLean dirigía penetrantes e intensas miradas a Rita García, que simulaba estar distraída manipulando en los paneles.

También Rudolph Asquith comenzaba a pensar que María Arantes era una joven virtuosa y espiritual, que merecía todas sus atenciones...

Visto todo ello, Jason Pollard empujó disimuladamente a Sandra hacia el pasillo y la arrastró hacia su propia cabina.

De pronto se encontraron el uno frente al otro. Se miraron intensamente y Jason ofreció sus manos abiertas a la mujer.

—Paz para siempre, Sandra Werzinska —dijo él, solemnemente.

—Paz y Amor —musitó ella. Y se precipitó a sus brazos.

* * *

Esa noche, el delta del timón de navegación aeronáutica se cubrió de un resplandor azulado rojizo.

Hacia la medianoche, docenas de enormes insectos acudieron atraídos por el fuerte resplandor. Ciegamente se precipitaron contra las planchas metálicas, golpeando ruidosamente la superficie metálica y atronando sin cesar son vibraciones metálicas.

A pesar del estruendo, ni uno solo de los expedicionarios se levantó para investigar el origen del estrépito.

Lo cual, para nosotros, no deja de tener una lógica y clara explicación...

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A. 

PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

Impreso en España